

El Navegante

Historieta

Carlos Debandi

El género de la historieta se corresponde con aventuras que se van publicando semana tras semana, aunque algunas veces son compilaciones que se publican completas.

El Navegante es una historieta, que la hemos publicado mediante capítulos semanales en facebook.

Ahora compilamos aquí la versión completa, respetando su estructura de capítulos.

Espacio Cultural El Sitio
Paravachasca, Junio 2022

Capítulo 1

Tiene 52 años, un cuerpo delgado y musculoso, curtido por el sol caribeño. Su nombre es Marco “Polo” Velazquez, es portorriqueño. Vivió muchos años en España, donde inició dos carreras universitarias, ninguna completada. Tuvo por ese entonces un gran amor, en el que le fue mal. Un buen día, decidió regresar a su origen, el Caribe, pero vino con él un sueño. Un desafío de solitario.

Acaba de comprar una esbelta canoa, tallada en madera, venida de la polinesia. Tiene en su costado derecho un flotador que la equilibra, al estilo maorí. La compró meses atrás a un neozelandés por ochocientos dólares, quién le dijo que con ella había recorrido medio mundo, desde Nueva Zelanda hasta Honduras, por el Pacífico.

Un camión le cobró trescientos dólares para llevar la canoa desde la costa del Pacífico al puerto de La Ceiba, en el Atlántico desde donde partió, hace exactamente trece días.

Navega en su canoa hacia el norte, está llegando al golfo de México, todavía con sus aguas turbias por las algas trituradas del último huracán que cerró la temporada.

Pasado ese huracán se lanzó desde las costas atlánticas de Honduras rumbo al norte, su desafío es llegar hasta la Estatua de la Libertad, en la desembocadura del Hudson, en Nueva York. Es algo así como una promesa que se hizo ante sí mismo, en un momento aciago.

Su última parada fue en Cancún, donde se reabasteció y luego zarpó hacia el Este

La canoa es larga, mide siete metros por un metro veinte de ancho en su parte central.

Tiene una pequeña carpa tubular en la parte de atrás que lo protege del sol y de la lluvia y le permite abrigarse de noche. Nunca se aleja demasiado de las costas, salvo cuando el mar está muy tranquilo.

La canoa es impulsada por el remo y por una vela triangular muy eficiente cuando el viento sopla en ángulos favorables. En esos momentos deja el remo y disfruta de la vela y el timón. Juega como un niño cabalgando olas. No sabe realmente cuando aprendió a navegar, pero lo importante es que sabe hacerlo.

Generalmente, cuando llega la noche, busca la costa de algún islote para descansar tranquilo.

La capacidad de la canoa le permite cargar provisiones y agua dulce para siete días, ese es su plazo máximo de navegación en mar abierto.

Normalmente se abastece en pequeños pueblos costeros de pescadores en los cuales no le piden papeles ni le preguntan de dónde viene y hacia a dónde va. “Yo también soy pescador”, les dice, y eso es suficiente.

Mañana alcanzará el extremo occidental de Cuba, se aprovisionará en Minas de Matahambre y seguirá hacia el oriente, recorriendo la costa cubana. Pasará por La Habana y por Varadero y seguirá luego, hasta alcanzar a Las Bahamas. Se aprovisionará en Williams Islands donde descansará dos o tres días hasta que el viento se oriente favorablemente para

tratar de alcanzar en cinco días, navegando mar abierto, Port Royal, penúltimo objetivo insular, y luego enfilarse rumbo norte hacia la Gran Bahama, abastecerse y desde allí, directo hacia el Oeste, rumbo a las costas norteamericanas, tratando de llegar hasta West Palm Beach, donde cuenta con autorización para entrar a territorio de los EE.UU.

Desde allí la navegación será más tranquila, navegará siempre cercano a la costa y tendrá muchos lugares donde abastecerse y descansar en tierra. Calcula que desde allí le llevará dos meses llegar hasta Nueva York, y cumplir su desafío. Allí lo esperan amigos que viven desde hace muchos años en esa ciudad y que, enterados de su travesía, han publicado en las redes numerosas notas, con fotos incluidas, que tomó y les envió durante el viaje.

Sus amigos han creado de ese modo un fondo económico de apoyo con aportes voluntarios de dinero que le vino muy bien para costear el largo viaje.

Capítulo 2

Marco “Polo” Velazquez, a quien desde ahora llamaremos solo Marco Polo, llegó a la costa de Minas de Matahambre (Cuba) al atardecer.

Decidió pasar allí la noche y dedicar todo el día siguiente al aprovisionamiento.

Subió su canoa a la playa arenosa y dispuso el habitáculo para dormir en él.

En esa parte el piso de la canoa es casi plano, se puede acomodar la colchoneta, que ocupa completa la parte trasera, techada, bien diseñada para soportar las lluvias tropicales.

La otra opción era dormir afuera, en el chinchorro, sujeto en dos palmeras.

Pero esa noche no soplaba brisa y la plaga estaba molesta.

Juntó maderitas secas dejadas por el mar en la playa y organizó un fuego para ahuyentar a la plaga y de paso cocinar un par de pescados que le regaló un pescador, al cual ayudó a doblar la red. Eran dos pequeños pargos que todavía respiraban.

Limpió los pescados con su cuchillo de pesca, los metió en una bolsita de plástico y los enterró en la arena fresca de la playa apenas mojada por las olas.

Esperaré un tiempito – pensó -, cuando llegue la primera brisa, y se lleve a la plaga, asaré los parguitos.

Divisó que había un pequeño barcito de playa con un farol ya encendido en el cual pudo comprar una cerveza bien fría, y un trozo de hielo, que guardó en su conservadora.

La noche comenzaba bien, y completa.

Efectivamente, antes que llegara la noche comenzó a sentir la fresca brisa proveniente del mar, y en minutos, la plaga desapareció. Para los que no conocen, les cuento: la plaga está integrada por miles de mosquitos bien pequeños, que pican, que se pegan en la piel transpirada, es realmente muy molesta.

Tal como lo había planeado apuró el fuego para lograr buenas brasas y puso a asar a los parguitos y saboreó un primer trago de cerveza. Vio acercarse al chico del barcito que venía con un plato. Buenas, dijo el chico, mi papá le manda estas yucas fritas para que acompañe su parguito, y si necesita más cerveza o hielo, pida nomás, yo se lo traigo.

Gracias, acepto otra cerveza. Sacó y le dio un billete de dos dólares. Eso es mucho, señor, dijo el muchacho, y no tengo vuelto en dólares para darle. No te preocupes, está bien así. Es buena la cubana, se dijo, saboreando la cerveza. Las yucas fritas excelentes. Y los parguitos, como siempre, bien ricos. Solo hay que tener cuidado con las espinas, que suelen ser traicioneras.

Vio volver al chico, traía ahora como vuelto, dos empanadas de cazón.

Muchas gracias, le dijo, las guardaré para mañana.

Que tenga buenas noches señor.

Marco Polo se quedó pensando: la gente, cuanto más humilde mejor es.

Había guardado un tronco más grande para la noche, lo colocó sobre las brasas, para que ardiera lento, preparó su dormitorio en la canoa, tomó el trago de cerveza que quedaba y se acostó. Se sabía cansado, dormiría muy bien.

Despertó con el primer resplandor del amanecer. El mar estaba calmo, por suerte todavía corría la brisa nocturna. De modo que no había plaga. Revisó el fuego, comprobando que el tronco todavía ardía. Agregó unos palitos pequeños y enseguida tuvo llama; puso a calentar el jarro con agua para hacerse el acostumbrado café, su único infaltable vicio mañanero.

Tomó dos tazas de café amargo, sin comer nada. Esa era su costumbre.

Vio al chico del barcito y lo llamó, le dijo: tengo que ir hasta el poblado a comprar provisiones, si me cuidas la canoa cuando vuelva te doy una propina. Sí señor, se la cuida, pero no tiene que darme nada, con lo de anoche es suficiente.

Si necesita llevar agua dulce, aquí tenemos una muy buena, podemos llenarle los bidones; también tenemos algunos alimentos que se conservan, los hacemos para los pescadores, que suelen estar hasta una semana en el mar.

Perfecto, entonces antes de ir al poblado veré que me puede vender tu padre. Y se fue a verlo con la lista que había elaborado.

El padre del muchacho era un excelente comerciante, vio la lista y le dijo: no necesita ir al poblado, a media tarde le traigo todo, lo que no tengo yo, lo tiene mi hermano. Puede quedarse tranquilo y descansar. ¿Cuántos días piensa navegar?

Creo que seis o siete, quiero llegar directo, parando poco, hasta las Williams Islands en Las Bahamas.

Tiene buena brisa y a favor, en seis días estará Ud. allá, su canoa es excelente, ¿Quién se la fabricó?

Es de origen maorí, la compré en Honduras a un navegante que la trajo desde Nueva Zelanda.

Con razón, esas canoas son las mejores del mundo, de madera maciza, liviana y dura, hay quienes dicen que son eternas. Si Ud. me lo permite, ajustaré las cantidades de su lista, las achicaré un poco, serán suficientes para su viaje. Un cálculo rápido me dice que no tendrá que pagarme más de nueve dólares, incluida una cena liviana, esta noche, en mi barcito, para que pueda Ud. arrancar mañana bien temprano para aprovechar la brisa costera. Luego debe navegar a unos quinientos metros de la costa, allí tendrá la brisa permanente, podrá usar esa vela y dejar que los remos descansen, mejor dicho, sus brazos, agregó riendo.

Tome, dijo Marco Polo, aquí tiene quince dólares, lo que quede se lo da a su muchacho, para que me ayude a cargar las cosas.

Muchas gracias, será feliz, está ahorrando para comprarse una tabla de surf.

La mañana estaba hermosa, se metió en el mar y disfrutó el frescor y el balanceo de las olas pequeñas que llegaban.

El agua le dio las energías que necesitaba. Se puso a ordenar la canoa para poder acomodar todo lo que le traerían a la tarde. Y puso a cargar la lámpara solar y el teléfono satelital. Encendió una pequeña radio para escuchar música cubana, pero las emisoras locales eran tapadas por las frecuencias que llegaban desde Miami. Qué cosa loca, pensó.

A media tarde llegó Antonio (así se llamaba el dueño del barcito playero) con todas las cosas encargadas. Aquí tiene todo lo que me pidió, y me hermano le manda de regalo esta botellita de ron cubano que elabora él. Dice que le vendrá bien si a la noche siente frío. Sobraron dos dólares, señor Marco.

Ya se lo dije, déselos a su muchacho para que junte para su tabla.

Muchas gracias, es Ud. muy generoso. A la nohecita haré sonar la campana para avisarle que la cena estará lista, comeremos un hervido de gallina. Vendrá también mi hermano.

La cena fue muy cordial. El hervido de gallina estaba estupendo y la cerveza fría también. El hermano de Antonio había sido pescador, conocía muy bien las costas cubanas. Le explicó minuciosamente a Marco los distintos sitios a lo largo de la costa donde podía pernoctar y reabastecerse, de ser necesario.

Desde La Habana a la Williams Island hay aproximadamente 400 km; en esta época del año el oleaje en esta zona del caribe es bajo, con brisa a favor podrá alcanzar las costas de Las Bahamas en siete días, como le dijo Antonio. Yo le aconsejo que recorra toda la costa cubana hasta Isabela de Sagua, bordeando siempre por fuera los islotes y después navegue en línea recta hacia el noreste hasta alcanzar las islas Bahamas. El cruce de ese tramo de mar abierto podrá hacerlo en dos o tres días.

Finalizada la cena y la charla Marco agradeció todas las atenciones recibidas. Le dio cinco dólares adicionales a Antonio quien no quería recibirlos, pero finalmente accedió.

Se despidió y se fue a dormir a la canoa.

Antes de acostarse repasó en los mapas en la Tablet todas las referencias recibidas, organizó mentalmente su viaje, apagó la lámpara solar y se durmió profundamente.

Capítulo 3

Un tenue resplandor sobre el mar, en el oriente, anunciaba el amanecer.

Marco Polo preparó su ceremonial café amargo mientras acomodaba todo en la canoa y se dispuso a iniciar su viaje hacia Las Bahamas.

El mar estaba calmo, una suave brisa del oeste le presagiaba un viaje rápido y tranquilo.

Revisó los anclajes de su vela triangular y empujó la canoa hacia el agua, se subió ágilmente y con el remo la impulsó hasta cruzar la pequeña rompiente.

Entonces abrió la vela, acomodó el timón, y vio cómo se alejaba la playita de Minas de Matahambre.

Le había gustado ese lugar sencillo, habitado por gente simple y solidaria. Pensó en el valor que tienen veinte dólares en esos lugares. No será igual en Williams Island, seguramente, pero habrá un cajero en cual podrá retirar algo de dinero de esa cuenta que además de sus ahorros se suman las ayudas de apoyo solidario que recibe de sus amigos, que alientan el viaje. Promesas son promesas pensó, y recordó a Carmen, la española a la cual había destinado su promesa.

Alejó todo recuerdo y pensamiento y se concentró en su viaje. La canoa navegaba rápido impulsada por la brisa, esto es de maravilla, se dijo, mientras siguiendo el consejo de Antonio se colocaba en paralelo, a varios cientos de metros de la orilla.

Al atardecer divisó a La Habana. Tenía que seguir un trecho más para alcanzar una playita que le recomendó el hermano de Antonio para pasar la noche.

Vio que se acercaba una lancha patrullera de la marina cubana. Detuvieron la lancha al costado de la canoa, le pidieron que se identificara y que informara hacia dónde se dirigía. Marco Polo entregó su pasaporte. Eres norteamericano, le dijo un guardia. Soy portorriqueño respondió Marco. El guardia sonrió. Soy de Borinquen, insistió Marco y agregó: estoy cumpliendo una promesa, ahora voy rumbo a Las Bahamas, pero luego seguiré hasta Nueva York, debo llegar hasta la Estatua de la Libertad. Los guardias marinos se miraron entre sí, luego miraron la canoa, y le preguntaron: ¿Con esto piensas llegar a Nueva York? Sí Señor, es una canoa maorí, que ya atravesó el Pacífico desde Nueva Zelanda hasta Honduras, prácticamente navegando en mar abierto, y en el pacífico, que tiene oleajes tres veces más grandes que este. ¿Hacia dónde vas ahora? Hasta una playita que me indicaron en Matahambre, para pasar la noche. Esa playita es conocida como La Morena – le dijo un Guardia - allí vivió hace muchos años una mulata sensacional, ella le dio ese nombre... alcánzame ese chicote, te remolcaremos hasta la playita.

¡Muchas gracias!

No es nada, es un servicio de Cuba para un loco portorriqueño, somos caribeños... y todos se rieron.

La lancha patrullera amarró el chicote y remolcó a la canoa a media marcha hasta La Morena, no tardaron más de media hora. Lo dejaron al borde de la rompiente, le desearon buena suerte y se marcharon. Marco Polo agradeció. Se sintió reconfortado por el gesto de los cubanos, miró la playita y creyó ver caminando por la orilla una hermosa mulata que lo saludaba. Es solo una visión, se dijo, y enfiló la canoa hacia la playa.

El tenue resplandor del atardecer le permitió acomodar la canoa y preparar las cosas, necesitaba comer algo y sobre todo dormir. Había navegado doce horas, por suerte a pura vela, gracias a la brisa aliada que lo acompañó.

En su conservadora todavía tenía un poco de hielo que había cargado en Matahambre, y allí encontró una cerveza bien fría con la cual acompañó unas empanadas de cazón y un trozo de cerdo asado que le había dado Antonio para el viaje.

A la mañana siguiente despertó temprano y emprendió el viaje, navegando siempre cercano a las costas cubanas, enfilado hacia el noreste. Creyó recordar que en la noche había soñado con la bella mulata que caminaba por esa playa. Lo extraño es que la mulata no hablaba, solo miraba y sonreía. Tuvo la sensación que ella lo había visitado realmente.

A media tarde cruzó frente a Varadero y enfiló su rumbo hacia el sureste, rumbo a los islotes cercanos a Isabela de Sagua, que sería su último contacto con la tierra cubana. Allí descansaría un par de días, se aprovisionaría en un puerto de pescadores sugerido por Antonio y luego cruzaría el mar, alejado de la costa, hasta Williams Island, en Las Bahamas.

Se sintió descansado y decidió seguir navegando durante la noche, guiado por el GPS de su teléfono satelital. En mar estaba calmo, la brisa sostenida soplaba en una dirección cercana a su recorrido. El timón orientado a 15° le permitía mantener el rumbo. La lámpara solar encendida para evitar sorpresas.

Marco Polo estaba contento. Disfrutaba esa noche la navegación. Se sentía libre y conforme con sus decisiones. Mientras navegaba, canturreaba una vieja canción española, que solía cantar Carmen, cuando la conoció en aquel barcito de Barcelona.

Capítulo 4

Ya había pasado el mediodía cuando llegó al pequeño islote de Isabela de Sagua.

Era tal cual se lo había descrito el hermano de Antonio: el islote era frondoso de palmeras, debajo de las cuales se divisaban los cangrejales. Un pequeño hilo de agua dulce, de origen desconocido, bajaba al mar de una cercana lomada que no tenía más de cincuenta metros de altura. En la cima, sujeta a una gran caña de bambú una descolorida bandera cubana.

Era un típico pueblito de pescadores. Tenía un pequeño muelle donde se veían algunos peñeros pintados de blanco y un velero envejecido que portaba en su mástil una bandera noruega.

A unos ciento cincuenta metros de la orilla se divisaba un pequeño caserío centralmente dominado por lo que parecía una cantina.

Marco Polo acomodó su canoa en la playa y se dirigió hacia la cantina en la cual se escuchaban cantos y risas.

Cuando se asomó a la puerta distinguió a cuatro caribeños que bebían cervezas junto a un corpulento vikingo que parecían festejar algo.

Buenas tardes, saludó, yo soy Marco Polo... ¿Marco Polo? Yo soy el Rey Olaff, dijo en un improvisado español, con una risotada, el corpulento pelirrojo y se acercó y le tendió su mano. Realmente me llamo Olaff, pero no soy rey, dijo mostrando una sonrisa y una mirada franca. Yo soy Marco, Marco Jimenez, el "Polo" me lo pusieron mis amigos, respondió, mientras sentía que la mano del vikingo le duplicaba en tamaño la suya.

Los caribeños escuchaban y disfrutaban el diálogo entablado entre los visitantes; uno de ellos dijo: estamos celebrando que hoy enganchamos un atún de 45 kilos, esta noche haremos una fiesta y lo comeremos, en el caserío somos treinta y dos habitantes, contando a los niños, de modo que habrá abundante comida, estás invitado, Marco... ¿De dónde vienes?

Vengo desde Honduras, soy portorriqueño y voy rumbo a Nueva York, debo llegar hasta la Estatua de la Libertad, para cumplir una promesa que me hice, por alguien a quien amé mucho.

¿Y cómo encontraste este islote?

Me lo señaló el hermano de un tal Antonio, a quienes conocí en Minas de Matahambre...

¿Antonio de Matahambre? Es nuestro amigo, su hermano es un gran pescador, una vez trajo aquí un atún casi el doble del que sacamos hoy...bienvenido seas...

¿Andas en un barco? Preguntó Olaff.

No, en una canoa.

¿En una canoa?

Si, una canoa maorí, que compré a un neozelandés... navega muy bien, utilizo una vela triangular...

¡Coño! – dijo el vikingo – tú sí que eres intrépido... y yo que me creo un héroe porque voy rumbo a la Antártida con mi velero...

Bueno, es todo un gran desafío, he visto tu velero, es pequeño, y tendrás que cruzar olas enormes, allá, en los mares del sur..

Soy vikingo, creo que podré hacerlo, dijo riendo Olaff, vamos, quiero que me muestres tu canoa, y salieron juntos hacia la playa.

Te oí decir “coño”... Si, - dijo Olaff - viví durante un tiempo en Barcelona, una bella ciudad, y se me pegó el “coño”, fue la primera palabra que aprendí del español...

¡Coño! Es una hermosa canoa... cuando dijiste que ibas hacia Nueva York pensé que eras un loco...pero no, creo que con ella puedes dar la vuelta al mundo... es excelente...

Si, el que me la vendió, navegó desde Nueva Zelanda hasta Honduras, cruzando el Pacífico. Perfecto Marco, esta noche brindaremos por nuestros viajes victoriosos....vamos, te invito a una cerveza.

Y juntos regresaron a la cantina. Era indudable que había nacido una amistad a primera vista.

Mientras los cubanos se dedicaban a limpiar y preparar el atún para la noche, Marco Polo y Olaff conversaban sobre sus viajes, y tomaban cerveza.

Marco Polo explicó su recorrido. Soy portorriqueño, por lo tanto ciudadano norteamericano, si viajara en avión puedo entrar directo, sin problemas, con mi pasaporte, pero navegando tuve que solicitar permiso de entrada, y me lo dieron para el puerto de West Palm Beach, al norte de Miami. Luego de registrar mi ingreso allí puedo recorrer todo el territorio, en mi caso, toda la costa oriental, hasta Nueva York.

Estudiando los vientos establecí este recorrido, en Las Bahamas cambia la orientación de los vientos y me facilitarán llegar a las costas de La Florida. Mi plan es llegar a Williams Island y subir por la costa de Las Bahamas hasta Red Bay, y desde allí cruzar el mar hasta West Palm Beach.

Olaff sacó un enorme mapa que tenía enrollado, lo abrió sobre la mesa, señaló un punto en medio del mar, y le dijo: estos son los cayos que se conocen como Port Royal y Alice Town, mira, están justo en la mitad de tu recorrido, yo los he visitado, en cualquiera de los dos podrás parar, descansar y reabastecerte; son lugares turísticos, pero tranquilos, la gente no los visita mucho por temor a los huracanes. Todos los huracanes que llegan a Miami, arrasan primero esos cayos, por eso no se construyen grandes edificios, no parecen norteamericanos.

Marco Polo los ubicó en su Tablet y cargó en su GPS la ubicación de los cayos sugeridos por Olaff. Gracias, le dijo, me has dado un dato importante, creo que facilita mi viaje.

Yo todavía prefiero los mapas de papel encerado, dijo Olaff mirando la Tablet de Marco, todavía me manejo con brújula y sextante, no utilizo GPS, tengo uno solo por las dudas que me accidente y puedan encontrarme... pero me gusta navegar como los antiguos... Si, dijo Marco, pero tú eres vikingo... llevas en el alma la orientación... ahora te invito yo otra cerveza.

¡Por la Estatua de la Libertad! ¡Por la Antártida! Brindaron en voz alta. Los cubanos los miraron pensando: “Estos dos están totalmente locos”.

La noche y el aroma excelente del atún llegaron rápido, en la cantina habían acomodado las mesas en forma de U, colocando en la cabecera a los dos viajeros visitantes, en los extremos, los seis niños del caserío. Cinco eran varones, una sola niña de seis años, de piel dorada y cabello claro, bella y simpática hablaba con todos. Su madre dijo: el papá era español, murió el año pasado, en un accidente de pesca. Su bote se hundió. Se hizo un breve silencio hasta que alguien gritó, alzando un vaso de cerveza: ¡Brindemos por nuestros visitantes! ¡Brindo por el vikingo y por el borinqueño! Gritó un mulato alegre, mientras hacía sonar una rítmica salsa en un reproductor de CD.

La noche transcurrió en medio del típico bullicio caribeño; el atún, estupendo, cocinado a fuego lento y adobado con hierbas y limón, acompañado por yucas hervidas o fritas, según el gusto de cada uno.

Antes de la medianoche se fueron los niños y las mujeres, quedaron solo los buenos bebedores, que luego se ocuparían de limpiar y acomodar las mesas y retirar los residuos.

En un rincón tomaban sus últimas cervezas Marco y Olaff.

Tras un momento de silencio, Olaff le preguntó: ¿Qué promesa te lleva rumbo a Nueva York?

En realidad me lleva a la Estatua de la Libertad, pero es una historia larga y algo triste, no me gusta hablar de ella...

Dime Marco, no se te ocurre cambiar de rumbo e irte a tu tierra, Puerto Rico, en lugar de ir a ese país frío del norte?

Mira Olaff, hace veinticuatro años que no vuelvo a Puerto Rico, y la última vez que fui, estuve solo un par de días, y regresé a Barcelona....

¿Y dónde vives ahora?

Un poco aquí, un poco allá, hoy mi casa es ésta....

Bueno – dijo Olaff – en algunas cosas somos parecidos... tal vez somos un poco locos...

... el día ha sido largo – dijo Marco - mejor nos vamos a dormir...

Salieron los dos rumbo a la playa, Marco Polo acomodó su canoa, y Olaff dijo, buenas noches, Marco, si mañana no te veo, que tengas un feliz viaje, y se metió en su velero.

Buenas noches Olaff, te deseo lo mismo.

Capítulo 5

Marco Polo se levantó temprano, a la mañana siguiente. El velero de Olaff ya no estaba en el embarcadero.

Vikingo loco – pensó – ya partió rumbo a la Antártida, le deseo suerte.

Encontró un papelito pegado en la proa de su canoa, lo leyó en silencio: te deseo un feliz encuentro con tu historia Marco, cuando pases por Port Royal, pregunta por el francés, ve a comer a su restaurante, no te arrepentirás... un fuerte abrazo. Olaff.

Tenía todo el día para reabastecerse y descansar, partiré mañana, pensó, y comenzó a revisar lo que le faltaba y a preparar la lista de necesidades.

El reabastecimiento fue sencillo, en la cantina pasaron su lista por radio a un abastecedor que tenía su depósito en el islote mayor y por la tarde llegó una lancha con todo el pedido. Cargó sus dos bidones de agua dulce que extrajo del pequeño arroyo, y les agregó la famosa pastillita de potabilización que brindaba seguridad. Una descompostura intestinal en medio del mar puede ser mortal, le había dicho un boticario de La Ceiba, que le vendió las pastillitas. Y hasta ahora habían funcionado muy bien.

En un tallercito ubicado al lado de la cantina consiguió un tornillo adecuado para reemplazar en el timón al que se había oxidado.

Necesito que el timón funcione muy bien, navegaré con viento de costado, le dijo al moreno de taller que estaba reparando un pequeño motor náutico.

¿Hacia dónde navegará? Le preguntó el moreno.

Hacia Williams Island, respondió.

Sí, tendrá brisa de costado hasta la mitad del viaje, luego recibirá del Atlántico la brisa del sur y ya no tendrá problemas, navegará con viento directo, a favor, hasta Las Bahamas, pero siempre hay que tener bien el timón, es fundamental, tome, llévese este otro tornillo de repuesto.

Muchas gracias, ¿Cuánto le debo?

Nada mi amigo, mi padre me enseñó que los tornillos no se cobran, generalmente vienen de desarmar motores viejos, dijo sonriendo.

Esa noche cenó en la cantina. Le ofrecieron un plato típico: espaguetis con salsa picante con ají y chipi chipi. Repitió una segunda porción. Sería su mejor comida por varios días. Calculaba que el cruce le llevaría por lo menos tres días. Por suerte, una vez que alcanzara la corriente del atlántico podría bajar la vela y navegar a la deriva, la corriente lo llevaría hacia su destino. Eso le permitiría dormir algunas horas. Todo lo que había calculado se cumplía con exactitud. Ojalá todo siga así, pensó.

Luego de la cena se despidió de todos. Compró un poco de hielo y tres cervezas, para el viaje, y se fue a dormir temprano. Quería salir bien descansado, y a primera hora.

La noche estaba estupenda, una suave brisa recorría la playa. Guardó todo, acomodó su colchoneta, y se acostó.

Sin embargo le costó un largo rato dormirse. Se perdió en algunos recuerdos de Barcelona. La imagen borrosa de Carmen apareció en su mente. Deslizó su mano y atrapó el pequeño paquetito que llevaba bien guardado, lo acarició.

Su último pensamiento lo dedicó a Olaff, a quien lo imaginó navegando ya cerca de Puerto Rico, para luego tomar hacia el sur, recorrer las pequeñas Antillas hasta alcanzar Trinidad. Luego recorrer la larga costa de Guayana y de Brasil hasta llegar al Río de la Plata.

¿Qué será lo que impulsa a Olaff a realizar semejante viaje? Seguramente una sola cosa – se respondió – su naturaleza vikinga. Sus ancestros son tan fuertes como mi promesa, pensó, y decidió sacrificar una de las tres cervezas.

Todavía no había amanecido cuando despertó. Se levantó y respiró la húmeda brisa que recorría la playa. Una hermosa mañana, pensó. Y comenzó a preparar la canoa.

Con la primera claridad del horizonte la echó al agua, se subió, y remó con decisión hacia la rompiente. Una vez que la cruzó desplegó la vela y sintió como la brisa suave lo llevaba mar adentro. Acomodó el timón a treinta grados con la dirección del viento. La canoa se inclinó muy poco sobre su costado derecho, presionando el flotador lateral, y se acomodó a su rumbo.

El mar estaba muy tranquilo, vio que lo acompañaban algunos delfines juguetones que saltaban y se sumergían cerca de la canoa, sin tocarla. En la pequeña estela lo seguían por momentos, algunos bonitos azulados. Un feo pensamiento lo cruzó y se preguntó: ¿La otra noche, Nos habremos comido a su abuelo? Sonrió.

Qué difícil y qué fácil es entender a la vida. Todo depende como se la piense.

Miró la posición del sol. Llevaba navegando seis horas. Controló en el GPS satelital su posición. Se dijo en silencio: Estoy exactamente dónde debo estar. Perfecto.

Cuando llegaba la noche sintió que la brisa cambiaba de dirección. Ahora venía del sur. La canoa se orientaba ahora en la dirección que requería el viaje. Dentro de dos horas ya estaremos en la corriente marina favorable y podré bajar la vela y dejarme llevar por el agua, y dormir algunas horas. Decidió beber una de las dos cervezas que quedaban. Antes que acabe el hielo, pensó. Fijó el timón, se relajó y decidió disfrutar el viaje. Ya no estaban los delfines, tampoco los bonitos. Por el Oriente, muy lejanas, unas nubes blancas relampagueaban. No tendré problemas, pensó, llevan la misma dirección que llevo yo, viajaremos en paralelo.

Su razonamiento fue correcto, y lo tranquilizó: dos horas después pudo comprobar que las nubes se mantenían a la misma distancia.

Ya la corriente lo arrastraba en el rumbo correcto. Bajó la vela. Fijó el timón. Revisó que todo estuviera en orden y decidió dormir algunas horas.

Capítulo 6

Despertó al amanecer.

Marco Polo miró a su alrededor, el mar se mantenía calmo. Sintió que unas pequeñas olas lo impulsaban. Controló su posición: apenas unos grados corridos hacia el oeste. Alzó la vela y corrigió el rumbo en el timón. La vela se desplegó y sintió que su velocidad aumentaba.

Miró hacia el Este, las nubes blancas estaban un poco más cerca pero se habían quedado atrás. Decidió preparar su café mañanero. Mientras calentaba el agua revisó su teléfono

satelital: tenía dos mensajes. Uno de Pedro, desde Nueva York, en el que le decía que habían organizado una cena para recaudar fondos, que había sido un éxito, y que le había depositado en su cuenta, mil setecientos dólares: “Una fortuna”, pensó. El segundo mensaje era del puerto de West Palm Beach, en el cual le daban la bienvenida y le indicaban donde ubicar su embarcación y los trámites de ingreso que debía realizar.

Las dos novedades lo alegraron, hoy parece ser un buen día, pensó. Y se dedicó a beber el café, acompañándolo con unas ricas galletas que había comprado en Isabela de Sagua. Eran galletas duras, con poca sal, como las que históricamente habían acompañado a todos los marineros del mundo. Las famosas galletas marineras, que se conservaban durante largos meses.

El mar estaba tranquilo; el rumbo, inducido por la corriente y la brisa, era el apropiado, un día perfecto, pensó, y decidió dedicarse a completar las crónicas del viaje, que estaban atrasadas. Sacó la Tablet, la conectó al cargador solar y se dedicó a escribir, mientras la canoa, nuevamente con la vela baja se dejaba llevar por la corriente del mar.

Navegó con calma todo el día. La corriente tenía dirección perfecta, no necesitaba corregir el rumbo, el propio mar lo llevaba hacia Bahamas. Si todo continuaba igual llegaré a Williams Island mañana por la tarde, pensó.

Cuando llegó la noche el mar continuaba muy tranquilo. La tormenta se veía lejos, siempre avanzando en paralelo. Me alcanzará en Bahamas – pensó – y espero estar bien resguardado cuando llegue, porque parece ser una tormenta fuerte. Si todo sigue igual, le ganaré por varias horas, parece que la corriente marina viaja más rápida que el viento. Lo cual parece cierto porque hay muy poco oleaje.

A las once de la noche nuevamente comprobó su rumbo: perfecto. Fijó el timón. Comprobó que todo estaba en orden y decidió dormir algunas horas, dejándose arrastrar por la corriente. Se recostó en una posición cómoda, y se adormeció.

Se despertó a las cuatro, sobresaltado, la canoa se balanceaba con una brisa que se había iniciado en dirección a 15° de su rumbo. Acomodó el timón e izó la vela, llegaremos más rápido que lo calculado, pensó, antes de prepararse un buen café.

A medida que se acercaba el amanecer la brisa aumentaba. Algunas pequeñas olas corrían a su lado con sus capullos de espuma blanca en sus pequeñas crestas.

Con este viento llegaré, por lo menos, tres horas antes de lo calculado, estaré arribando a Williams Island pasado el mediodía. Observó a la tormenta que avanzaba, calculó que la tormenta llegaría a las islas unas horas después, tal vez a media tarde.

Guardó todas las cosas que pudieran mojarse y se dedicó a navegar, aprovecharía el viento para adelantarse todo lo posible a la tormenta.

Al mediodía comenzó a levantarse bruma desde el mar, producto de la brisa. Minúsculas gotitas saltaban de las olas y se sumaban a una nubosidad baja sobre el mar. El horizonte se desdibujaba. Pero viajaba tranquilo, tenía los instrumentos necesarios y sabía que en esa zona no podía encontrar ningún escollo. Entre él y las islas, no había nada más que agua, con olas que no amenazaban, por el contrario el mismo viento que las empujaba, empujaba también a su canoa, que navegaba como un verdadero velero.

Viendo cómo se deslizaba dedicó un pensamiento homenaje a quien la hubiera diseñado y construido. Era una excelente embarcación. Eso le dio tranquilidad frente a la realidad que tendría que enfrentar en los mares más fríos cercanos a las costas norteamericanas.

Pasado el mediodía confirmó su posición mediante el gps del teléfono satelital y confirmó que ya debía encontrarse cerca de las Bahamas.

Trató de mirar atentamente hacia el horizonte oculto por la bruma y le pareció distinguir algo.

Parece una montaña, pensó. Pero se mueve.

Tuvo un sentimiento extraño, ¿Lo engañaba su visión? ¿Una montaña que se mueve?

Enfiló la canoa para acercarse, para tratar de ver lo que le ocultaba la bruma. Comenzó a ver que la montaña móvil era blanca, como una montaña nevada.

Finalmente la bruma se disipó y allí, frente a él, avanzaba lentamente, hacia las islas cercanas que se veían atrás, el crucero más grande que hubiera visto jamás en toda su vida.

Un crucero blanco, enorme, medía por lo menos trescientos metros de largo y cincuenta de altura. Trató de recordar los numerosos cruceros que veía en el puerto de Barcelona, pero supo que éste tenía, por lo menos, el doble del tamaño. Una bandera canadiense ondeaba en su proa. A medida que se acercaba veía a numerosa gente observando desde la cubierta el bello espectáculo que ofrecían las islas, todavía algo lejanas.

Comprendió que el crucero no iba hacia la Williams, se dirigía hacia el canal que le permitía penetrar en el archipiélago, rumbo a Nassau.

Debe venir de Miami, pensó, mientras algunos pasajeros de cubierta, que lo habían descubierto, lo saludaban. Algunos aplaudían. Sintió que su canoa era un insecto al lado de un gigante, esa imagen lo alegró. Es así, pensó.

Poco a poco el crucero se alejó y el retomó el rumbo hacia la William Island.

Según sus datos debía superar el pequeño puerto turístico. Algunos kilómetros más adelante encontraría el pueblito de pescadores que era su destino. Se lo había indicado Antonio en la cantina de Minas de Matahambre, en Cuba. El recuerdo de Antonio le pareció ya lejano en el tiempo. Por un instante también recordó a Olaff, y lo pensó navegando hacia el sur, seguramente ya cerca de Trinidad.

Navegando cerca de la costa no se notaba el oleaje. El paisaje de la isla atrapaba su mirada y sus altas palmeras ocultaban las altas nubes de la tormenta, cuyas cúspides emergían sobre ese horizonte verde intenso, verde tropical. Verde caribe.

Como a las tres de la tarde divisó el pueblito. El pueblito del pescador portugués, cuyo nombre no recordaba. Acercó su canoa hacia la playa de arena hasta que suavemente subió, y se detuvo.

Se acercó un muchacho joven que le preguntó en inglés quién era y de dónde venía.

Me llamo Marco Polo, vengo desde Honduras y voy rumbo a Nueva York, ¿Es este el pueblo del portugués?

Si, dijo el muchacho, ahora en español, el portugués se llama Josué, y es mi padre, bienvenido, Señor. ¿Qué necesita?

Descansar un par de días, aprovisionarme, proteger la canoa de la tormenta que se viene, y antes que nada, tomarme una cerveza.

Venga Señor, dijo el muchacho, lo llevaré con mi padre, él le resolverá todo. Yo, con gusto, le serviré su cerveza.

Y se fueron caminando hacia la cantina, similar a la de todos los pueblitos que había visitado.

En la puerta estaba mirándolo llegar Josué, quien lo sorprendió diciéndole: bienvenido Marco, recibí un mensaje de Antonio el cual me contó de tu aventura, de tu misteriosa promesa, y me dijo que vendrías por aquí. ¡Alex! – gritó, llama a los muchachos, que te ayuden a subir la canoa de Marco hasta el tinglado, en menos de dos horas tendremos la tormenta aquí. Yo le sirvo la cerveza a Marco.

¿Un mensaje de Antonio? ¿Cómo le llegó? Soy radioaficionado, Antonio tiene un amigo con el cual suelo conversar, él me lo dio hace un par de días.

En mundo es cada vez más pequeño, aún en estos lugares, pensó Marco, mientras entraba en la fresca oscuridad de la cantina.

Capítulo 7

Marco Polo se sentó con placer en una silla con asiento de cuero frente a una mesa oscura de la cantina y Josué llegó con un par de cervezas y unos platitos con exquisiteces de mar, y dijo:

- Bienvenido al Pueblito de Josué, Marco Polo, la casa invita. Mira cuando cuente a mis amigos que aquí estuvo nada menos que Marco Polo... Salud, Marco.
- Salud Josué. A propósito, tu nombre es portugués?
- No. Mi madre tenía alguna ascendencia hebrea y cuando nací quería llamarme Jesús, pero mi padre era anarquista y se opuso, negociaron con Josué, que en hebreo es Jesús, pero mi padre no lo sabía. Mi apellido es Figueiras, ése si es portugués.
- Y, el nombre de tu hijo, Alex, cómo surgió?
- En realidad se llama Alejandro, pero tú sabes, aquí, con la Corona, es mejor llamarlo Alex... creo que es mejor suspender la cerveza por un rato y que vayas a buscar tus cosas antes que comience la lluvia, aquí tienes un cuarto en el cual te sentirás un rey, y es de bajo costo, si tienes con qué pagar, en caso contrario es gratuito...

A Marco Polo le había caído muy bien Josué. Contento se fue a buscar sus cosas y acomodar la canoa. Mientras cruzaba la playa un viento sur cargado de areniscas lo golpeaba. El tinglado era excelente; su canoa estaba muy bien acomodada y protegida. Tomó su equipaje y sus instrumentos y volvió presuroso a la cantina mientras las primeras gotas frescas le lavaban la cara. Volvió a la mesa a terminar con su cerveza, vio que Josué estaba dando instrucciones a Alex y a otros muchachos para que acomodaran todo...

- Esta tormenta durará, por lo menos, dos días, dijo Josué mientras se acomodaba en la mesa. Cuando terminemos la cerveza te mostraré tu cuarto. Puedes darte una buena ducha y descansar un par de horas, yo te despertaré para la cena...
- Mira, Josué, no hay otros parroquianos?

- No Marco, cuando aquí se viene la tormenta, nadie sale. La gente teme a los rayos y a la lluvia intensa, de modo que por este par de días estaremos tranquilos, podremos conversar bastante.. ¿Te gusta la paella?
- Me encanta.
- Me alegro, eso tenemos para esta noche. Y hasta tengo un vino blanco seco, portugués, para acompañarla.
- Excelente.

El cuarto era mediano, con una cama amplia, ventana con mosquitero y un ventilador de techo. En el pasillo contiguo estaba el baño, el cual se compartía con otro cuarto similar, que por ahora estaba vacío. ¿Cuánto hace que no duermo en una cama? Se preguntó Marco. Ya no lo recordaba. En el caribe es imposible medir el tiempo con precisión. Tampoco eso lo preocupó demasiado. La ducha era excelente, con agua dulce, entibiada por un calentador solar. El baño fue de maravillas. Apenas se recostó en la cama, quedó profundamente dormido. Después de muchos días, volvió a soñar con Carmen.

Un golpeteo en la puerta lo despertó. No sabía dónde estaba. Buscó a tientas el remo. Pero poco a poco fue tomando conciencia. ¿Te sientes bien? Preguntó Josué. De maravillas, solo que me desperté medio perdido, no encontraba la brújula. Suele pasar, después de navegar tantos días es lógico, acostarte en una cama se parece a un naufragio. Levántate, cenaremos en un rato.

Afuera llovía torrencialmente. Una lluvia mansa pero densa.

Por suerte no tenemos viento, dijo Josué, mientras destapaba su famoso vino blanco portugués. Es del tipo torrentés, pero tirando a seco, y está bien frío, dijo, mientras servía dos copas abundantes. Disfrútalo, antes que te domine la paella.

¿Y Alex? Preguntó Marco. Está en una cabaña playera, con sus amigos. A ellos les gusta desfrutar allí las tormentas, los relámpagos, truenos y rayos les genera temor y placer, dos cosas que se disfrutan cuando se es joven, pura adrenalina.

Esta paella está excelente Josué, creo que la ubicaré entre las mejores que comí en mi vida. Gracias amigo, últimamente tengo cierto orgullo por los éxitos en la cocina, debo estar envejeciendo.

Dime Marco, ¿Cuál es tu plan de viaje?

Inicialmente pensaba llegar a abastecerme en la zona de Red Bay, en la Gran Bahama, y desde allí, directo hacia el Oeste, rumbo a las costas norteamericanas, tratando de llegar hasta West Palm Beach, donde cuento con autorización para entrar a territorio de los EE.UU. Pero ese plan cambió cuando un vikingo que conocí el La Sagua, me aconsejó viajar desde aquí hasta los cayos ubicados a mitad de camino, me refiero a Port Royal, donde me recomendó visitar a un francés que tiene allí un famoso restaurante...

Sí, claro, el Rincón de Pierre, exclamó Josué. Muy buena la recomendación de tu amigo, te hará más tranquilo el viaje, además de disfrutar las exquisiteces que hace Pierre.

¿Lo conoces al francés?

¿Qué si lo conozco? Somos amigos. Fuimos socios hace treinta años. Compramos un lanchón para pasear turistas por Bahamas. Nos fue bastante bien, pero nos cansamos. Vendimos tres lanchones que habíamos sumado, yo arrendé este lugar que representaba el

sueño que me trajo desde Europa y Pierre decidió instalarse en Port Royal, cumpliendo también su sueño. Cada dos o tres años nos visitamos y recordamos viejos tiempos.

Es increíble, cada día que pasa siento que el mundo es más pequeño....Antonio en Matahambre; su hermano pescador; los cubanos de Isabela de Sagua; el moreno que me regaló los tornillos para el timón, ahora tú, que no solo conoces, sino que hasta fuiste socio de ese tal Pierre, que me recomendó el vikingo Olaff... todo esto parece ser una gran familia...

Y lo es Marco, el Caribe es grande, pero los habitantes preocupados por la buena vida somos pocos, y de esos pocos, los europeos no sumamos más que el 10%. En toda Bahamas la población habita solo 24 islas, de las más de setecientas islas, islotes y cayos que conforman el archipiélago. La población total apenas supera las trescientas mil personas, repartida en 32 distritos políticos que integran la Mancomunidad Bahamas, la mayor cantidad reside en la isla Nueva Providencia, donde se ubica Nassau, la capital administrativa, que, luego de la independencia, sigue dependiendo políticamente de la Corona Británica, y económicamente de los turistas norteamericanos.... este modelo dual, persiste todavía en gran parte de las islas del Caribe. Sí, somos una gran y extraña familia. Incluido el vikingo, tu amigo Olaff, del cual seguramente alguna vez me habló Pierre, pero no recuerdo.

Es sorprendente, no me imaginaba esta realidad toda emparentada...

Es que los extraños somos pocos...los que todavía nos seguimos preocupando...la gente caribeña es diferente, simplemente vive, disfruta, tiene la conciencia que le dieron los huracanes. Vienen, te destruyen casi todo, pasan, y al otro día, reconstruyes...nosotros somos diferentes, nos gusta hacer cosas que soporten huracanes...no es fácil... pero ahora me gustaría que me contaras un poco de tu vida, de esa misteriosa promesa que te lleva a la Estatua de la Libertad.... mientras disfrutamos de este rico vino, y para equilibrar, yo te contaré un poco de la mía... ¿Te parece?

Sí, me parece bien....

Capítulo 8

La lluvia continuaba, mansa pero tupida. Alex y el resto del grupo joven habían decidido permanecer y cenar en la cabaña de la playa, habían logrado pescar un buen pez y Antony, buceando, logró atrapar una apetecible langosta.

Josué y Marco, terminada la paella, abrieron la segunda botella del torrontés y se dispusieron a recorrer historias.

Dime Josué, ¿Cómo fue que viniste a vivir a este lugar?

Tenía 19 años cuando conocí a Francisca, la madre de Alex, vivíamos en un barrio de clase media de Lisboa, una vida poco apasionante, más bien aburrida. Yo daba clases de lengua y literatura en un colegio, Francisca trabajaba de vendedora en un comercio de ropa femenina. Un buen día un amigo dijo una frase decisiva: “La vida sucede en el Caribe”. Me interesó esa frase y el tema que planteaba a la imaginación. Comencé a leer sobre el Caribe. Supe que Colón llegó a estas tierras habitadas por los lucayos, una rama de la etnia taina. El lugar donde desembarcaron se llamaba Guanahani, en la lengua lucaya, pero Colón la rebautizó como San Salvador, nombre apropiado – dijo, riendo, Josué – porque si

uno de los Pinzón no avistaba estas tierras, la expedición hubiera fracasado y posiblemente Colón hubiese sido sacrificado por los sublevados, que ya era difícil controlarlos.

Esa llegada sucedió el 12 de octubre de 1492, fecha que pasó a llamarse el Día del Descubrimiento, una falacia.

Pero esa historia me llevó a pensar en Bahamas, como un destino interesante para cambiar de vida.

Yo dominaba la lengua inglesa y también hablaba el español, si a eso le sumaba el portugués pensé que manejando esas tres lenguas no tendría problemas en lograr trabajo. Eso se cumplió, mi vida económica inicial la resolvieron los idiomas. Eso me permitió incursionar en el negocio del turismo.

La realidad de Francisca era diferente, ella solo hablaba portugués, y proponía que fuéramos a Brasil. En esas discusiones estábamos cuando Francisca quedó embarazada.

Un año después de nacido Alex, tiramos la moneda, y salió Bahamas.

Desde que llegamos Francisca criticó este lugar, nunca pudo adaptarse, tres años después dijo: me voy, vuelvo a Portugal, y se volvió, con Alex.

Un tiempo antes yo conocí a Pierre y decidimos iniciar el negocio de los lanchones para pasear turistas norteamericanos y europeos por el archipiélago. Como te dije antes, nos fue muy bien. Ese negocio duró seis años. Vendimos los lanchones y con ese dinero cada uno de nosotros inició su propio destino. Pierre se instaló en Port Royal y yo compré este predio y fundé El Pueblo de Josué, que no es tan solo un pueblito de pescadores, mucha gente viene aquí a buscar paz y tranquilidad, tenemos en planes construir varias cabañas más.

Francisca había formado pareja con un alemán. Vinieron a visitarme cuando Alex cumplía cinco años y él mismo decidió, en su viaje, quedarse aquí. Dijo que éste era su mundo. Y se quedó. Un par de veces visitó a su madre, que actualmente vive en Munich, pero es feliz aquí. En medio de esta breve historia hay cientos de anécdotas, sería interminable contarlas.

¿No has formado otra pareja?

Tengo una amiga íntima, mestiza, que vive en Nassau, me visita a menudo y se queda varios días aquí, pero ambos sabemos que tenemos vidas diferentes. La relación, en ese formato, funciona muy bien.

Marco, ésta es mi historia, muy sintetizada, cuéntame la tuya en Barcelona, y cuéntame quién es o fue Carmen, que ayer, cuando fui a despertarte, la mencionabas, mientras dormías.

Viví en Puerto Rico hasta los 28 años. Muchos de mis amigos se iban a estudiar o trabajar al continente. Otros, en cambio tenían a Barcelona como un destino deseable. Yo me sumé a esta tendencia, tenía sed de aventuras, me gustaba el mar, me atraía el Mediterráneo, quería conocerlo. En fin, con algunos ahorros que hice trabajando como electricista, que era mi oficio, partí para Barcelona.

Allí, además de electricista me dediqué a los equipos de sonido que se utilizaban en conciertos y locales donde reinaba la música, había cientos de ellos. De modo que desde el comienzo mismo tuve trabajo y buenos ingresos.

Conocí a Carmen en un barcito cercano al mar. Ella atendía en la barra. Era, bella, joven y simpática. Tenía entonces 24 años. Iniciamos un romance. Poco tiempo después fuimos a vivir juntos en un apartamento confortable que logré alquilar.

Cada uno de nosotros continuó con su trabajo. Ella cambió su horario. Trabajaba en el bar hasta las nueve de la noche. A esa hora yo la buscaba, caminábamos por un boulevard muy

bello que tiene Barcelona, comíamos algo al paso, y regresábamos al apartamento antes de la medianoche. Así vivimos durante seis años. No tuvimos hijos. Creo que alguno de los dos no podía engendrar, pero eso no nos preocupaba.

Yo logré comprar un pequeño velero, con el cual navegábamos los mares cercanos durante los fines de semana. En las vacaciones solíamos navegar hasta Cerdeña, nos encantaba ese mar que rodea a la isla, sobre todo en la costa sur, con sus acantilados y sus playas. Solíamos frecuentar un sitio preferido: la Cala Luna. El mar, allí, es increíble. Ese período feliz duró, como te dije, aproximadamente seis años...

¿Y qué sucedió?

Comenzamos a comprender que el futuro existía, y que teníamos proyectos diferentes.

A mí me encantaba navegar, eso se fue volviendo una necesidad, un proyecto de vida, recorrer el mundo navegando. Le propuse ese plan, pero a Carmen no le gustó.

Carmen era una española convencional, quería conocer y vivir en Nueva York, ése era el sueño de casi todas las españolas de ese tiempo. Un par de amigas de ella lo cumplieron, se fueron, y desde allá le escribían maravillas.

Un mal día me dijo: Marco, me iré a Nueva York.

No me sorprendió su decisión, yo la presentía desde el mismo momento que me dijo que no me acompañaría en un viaje que yo estaba planeando con mi velero: recorrer el Nilo.

De tanto en tanto nos veíamos, retomábamos cortos romances, comenzamos a desarrollar una amistad sincera con amor mezclado, en fin la relación, aunque muy inestable, continuaba, pero ya no convivíamos. Ella tenía su sueño: reunirse con sus amigas en Nueva York, estaba juntando dinero para concretar ese plan.

Yo te ayudaré a llegar a Nueva York, le dije la noche previa al inicio de mi viaje hacia el Nilo. Gracias, me respondió, contenta con que yo apoyara su decisión.

Cuando regresé del Nilo, dos meses después, no la encontré.

¿Había logrado irse a Nueva York?

No, tuvo un absurdo y desgraciado accidente. Chocó violentamente un taxi en el cual viajaba, estuvo varios días internada, y falleció.

Lo siento, hermano, lo siento... ¿Te sirvo vino?

Si, gracias. Pero no te preocupes, ya pasaron muchos años, casi quince.

¿Qué hiciste después?

Viajé por el mundo, conocí muchos lugares, regresé a Puerto Rico, pero ya no lo reconocí, todo estaba muy cambiado.

Entonces me fui nuevamente a Barcelona...salía a caminar por las noches por el boulevard, sin Carmen, hasta que comencé a pensar en este viaje. Supe que era una forma de cumplir con Carmen. Sentí que la llevaría conmigo.

Un día me encontré por casualidad con una de sus amigas que se habían instalado en Nueva York y me contó todas las cosas que había hecho Carmen para tratar de concretar su sueño. Me recordó que Carmen no tenía familia, sus padres habían muerto cuando ella era adolescente, y no tenía hermanos... me contó que ellas, sus amigas, habían sido su familia, hasta que llegué yo a su vida. Me dijo que ellas sentían culpa de haberla dejado en Barcelona cuando partieron, pero claro, estabas tú, dijo.

Una historia triste – dijo Josué – y preguntó: ¿Y tú sientes culpa por su muerte?

No, culpa no, no tuve nada que ver, pero si quiero cumplir una promesa que me hice...

¿Qué te prometiste?

Mejor dejemos el tema por aquí....no agrega nada. Y puede que sea solo una fantasía mía.

Mañana, cuando termine la tormenta me aprovisionaré, debo seguir mi viaje.

Si Marco, yo te ayudaré en todo eso, pero mi recomendación es que compres aquí lo mínimo necesario para llegar a Port Royal, allí todo es de mejor calidad y más barato, además está Pierre que tiene toda clase de contactos, cuenta con él, es un tipo muy solidario.

Capítulo 9

Mientras Josué acompañaba a Marco a trasladar la canoa hasta la playa, le decía: Marco, cuando termines la loca aventura que has emprendido, cuando sientas que ya cumpliste tu promesa, y quieras aquietarte en un lugar, puedes pensar en venir aquí, al Pueblito de Josué, serás bienvenido, podemos ayudarte a construir tu propia cabaña y asociarte conmigo y con Alex en este proyecto de vida...aquí hay mucho por hacer para el turismo...

Gracias Josué, la verdad es que me gusta este lugar, y tú me has caído muy, pero muy bien, hace mucho tiempo que no sentía la presencia tan cercana de un amigo...gracias, te prometo que lo pensaré.

Toma Marco, esta es la última botella del torrontés que me queda, brinda con ella cuando llegues a la Estatua de la Libertad....y aquí tienes, para acompañarlo una típica tortilla de Bahamas y un jamón salado, que hizo Alex, para tí

Gracias Josué...gracias Alex han sido muy generosos conmigo... adiós, hasta la próxima. Se despidieron con un fuerte y emotivo abrazo.

La canoa avanzó hacia la rompiente. Cruzó la espuma y comenzó a penetrar en el mar azul y cristalino que rodea a Bahamas. Marco izó la vela y la canoa aceleró su marcha. Escuchó un último grito de Josué: un abrazo para Pierre!!! Suerte hermano.

Marco sintió cierta nostalgia al alejarse, era indudable que el sitio y Josué y su hijo le habían llegado al alma. Muy generosos, pensó, Josué no quiso aceptar mi pago por la estadía, y hasta sospecho que me mintió con el costo de las provisiones que me entregó. Debe haberme cobrado la mitad de su valor, o menos.

Pero ahora debía concentrarse en su próximo destino: Port Royal, y ubicar a Pierre.

Controló su rumbo, perfecto. La brisa orientada en su dirección. Así es muy fácil navegar, pensó.

Vio un mensaje en su teléfono satelital, era de sus amigos residentes en EE.UU. que estaban confundidos con el cambio de rumbo. Le preguntaban si Port Royal no estaba ubicado en las propias Bahamas. Tuvo que responder aclarando que hay muchos "Port Royal" en el mundo. Este Port Royal al que me dirijo – aclaró Marco – está en un pequeño archipiélago denominado Bimini, pertenece a Bahamas, pero está ubicado en medio del mar, a cincuenta millas de Miami. Tiene desarrollo turístico, aeropuerto, y dos ciudades

principales; Port Royal y Alice Town. Ambas se encuentran a solo tres kilómetros, pero en islas separadas que se conectan con un ferry.

Ese pequeño archipiélago es destino de numerosos visitantes que llegan en sus veleros. Posee buenos puertos naturales y numerosas instalaciones náuticas seguras cuando azotan a las islas las tormentas tropicales.

Los cruceros que parten de Miami rumbo a Bahamas pasan todos por allí, lo que fortalece el desarrollo comercial existente.

Hacia allí voy, llegaré en un par de días. Desde allí, luego que descanse y me reabastezca partiré rumbo noreste, directo a West Palm Beach donde cumpliré los trámites de ingreso a los EE.UU. Creo que estaré allí dentro de un par de semanas, aproximadamente. Terminó informando Marco a sus amigos continentales.

Perfecto, allí estaremos algunos de nosotros, para darte la bienvenida. Mucha suerte. Un abrazo.

A continuación intentó enviar un mensaje a Pierre, al número que le había dado Josué, informándole que llegaría a Port Royal en un par de días y solicitando instrucciones sobre dónde ubicarse para desembarcar y poder guardar su canoa.

Media hora después recibió la respuesta de Pierre, en la cual le decía que estaba al tanto de todo. Había recibido un mensaje de Josué. Pierre le indicaba que recorriera la costa sur de la isla hasta el final. “Allí encontrarás un lugar llamado Round Rock donde existe la entrada a un conjunto de marinas. Busca la Marina 2, allí tengo embarcaderos propios de mi restaurante. Podrás guardar tu canoa en lugar seguro, y si me avisas una hora antes de llegar, allí te estaré esperando. Un abrazo, Pierre”.

Esto se parece a una película, pensó Marco, todo sale perfecto.

Y se dedicó a disfrutar del mar y de la navegación, simplificada por la brisa.

Al anoecer fijó el rumbo en el timón y, como siempre, se adormeció, a medias, como puede y debe hacerlo un navegante solitario. Ya estaba acostumbrado, aunque extrañó el cómodo cuarto del Pueblito de Josué.

La noche transcurrió en calma, se despertó un par de veces en las que comprobó que el rumbo era el correcto y que la brisa, constante, se mantenía.

Al amanecer lo despertaron graznidos de aves marinas. Las típicas gaviotas y otros ejemplares volaban en círculos a su alrededor. Debo estar cerca de las islas – pensó -, sin embargo en el horizonte no se divisaba nada. Solo en mar, relativamente calmo, con oleaje bajo. La brisa, que venía del sudoeste era cálida, el agua, sin embargo, estaba fría.

Sintió hambre. Preparó su habitual café, y lo acompañó con lo que le quedaba de una tortilla hecha a las brasas que le había dado Josué. Cortó una rebanada generosa del jamón salado hecho por Alex, y desayunó. Se sintió mejor. Controló su posición para comprobar que si todo continuaba igual podría llegar a Port Royal a media tarde. Vio como lo acompañaba un cardumen de peces plateados voladores que saltaban al costado de la canoa. Les arrojó restos del pan en señal de respuesta solidaria, pero no le hicieron caso. No es su comida, pensó.

Y decidió concentrarse en su viaje y en su destino.

Miró sus instrumentos y supo que en tres horas, aproximadamente, avistaría las costas de Bimini, y que en una hora más estaría arribando a Port Royal.

Satisfecho pensó: desde Bahamas hasta aquí, la canoa se comportó como un auténtico velero.

Capítulo 10

Sus cálculos fueron correctos. Apenas avanzada la tarde divisó la costa sur de Royal Island y comenzó a recorrerla hacia el oeste, como le había indicado Pierre. Tuvo la sensación que esa isla era un refugio de veleros, toda la costa tenía pequeños embarcaderos. La mayoría estaban vacíos. Debe ser por la época, pensó, hace poco tiempo que terminó la temporada de los huracanes. A nadie puede gustarle vivir un temporal en estas soledades. Incluso las islas parecen desprotegidas.

Al aproximarse al final de la costa sur divisó un gran cartel: Round Rock, y señalaba la entrada a una gran marina. Enfiló hacia ella y tuvo la sensación que entraba a un calmo lago con toda su costa poblada de marinas, con muchos veleros allí ubicados. Un buen refugio pensó, deben ser los turistas que dejan aquí sus barcos y vienen en avión a pasar sus vacaciones. Recordó que un rato antes había divisado, cercano al extremo oriental de la isla, un aeropuerto.

Buscó la Marina N° 2, la encontró y había varios puestos vacíos con letreros que decían: El Rincón de Pierre. En uno de ellos detuvo su canoa. Un guardia de color se aproximó y le dijo: Bienvenido, en nombre de Pierre, él vendrá a buscarlo en media hora. En ese tiempo podemos subir y guardar su canoa y sus efectos en aquel galpón, allí estará todo seguro, tenemos guardia permanente.

- ¿Cuánto me costará? Preguntó Marco.

- Nada Sr. Todos su gastos están cubiertos, son instrucciones de Pierre.

Una vez que subieron la canoa y Marco ordenó sus cosas y preparó el equipaje que bajaría le dio una propina de cinco dólares al guardia, diciéndole; “es poco”, dijo, pero como ves mi embarcación, soy tan pobre como ella. El guardia sonrió, y respondió:

- Muchas gracias Sr. Es más que suficiente, le digo, para que sepa, que aquí llegan muchos barcos de ricos que ni siquiera me ven o me saludan, menos aún me dan propinas, no me preocupa, el sueldo que nos paga Pierre es suficiente.

Salieron caminando del galpón rumbo al estacionamiento. Llegaron justo cuando arribaba Pierre con su camioneta. Lo sorprendió el aspecto de Pierre, lo había imaginado diferente, más pequeño, y más blanco de piel. Por el contrario, Pierre era bastante corpulento y su piel tostada y arrugada por el sol caribeño. Tenía ojos claros y una mirada muy sincera. Lo recibió con un abrazo:

- Bienvenido al Rincón de Pierre – dijo – desde ahora eres mi invitado, puedes quedarte el tiempo que quieras, mi restaurante tiene una pequeña posada, allí te espera un cuarto especial, con vista al mar. Será tu casa.

Marco Polo se sentía atribulado por tal recibimiento, no pudo evitar de decir, cuando se sentó en la camioneta:

- Pierre, tú no me conoces, por qué tanto homenaje?
- ¿Qué no te conozco? Sé bastante de ti, todo lo que me contó por radio Olaff y por mensajes Josué, ya eres un viejo amigo de este grupo, quédate tranquilo y disfruta. Además admiro tu valor por el viaje que estás haciendo en esa pequeña canoa. Creo que yo no me animaría a navegar media hora en ella... Dijo riendo.
- Muchas gracias Pierre, pero te aseguro que con esas canoas los neozelandeses han recorrido los mares del mundo...
- Te creo Marco, he leído sobre eso...
- Hablas muy buen español, Pierre...
- Hablo varios idiomas, es parte de mi negocio, aquí viene gente de muchos lugares, a todos les gusta que les hable en sus lenguas, tuve que aprenderlas.

Cuando llegaron al Rincón de Pierre, Marco quedó totalmente sorprendido por lo bello del lugar. Un chalet bajo, bastante plano, protegido del Este por una muralla hecha con rocas, cubierta por verdes enredaderas; un hermoso jardín lleno de flores, donde tranquilas se veían dos grandes iguanas azuladas, al lado de una fuente desde la cual las salpicaba el agua.

- Esa muralla nos protege de los huracanes que nos visitan casi todos los años. Verás que todas las casas y clubes de aquí tienen murallas similares. Para construirlas tuvimos que traer rocas desde el continente.
- Es un hermoso lugar, te felicito Pierre.

Adentro, el local era más bello aún, lleno de detalles de buen gusto. Un simulado hogar europeo en cuyos costados se veían dos bellos óleos de rostros típicos de la raza originaria de estas islas.

- ¿Y esas pinturas? Pregunté.
- Las hizo mi ex mujer, cuando vivía aquí.
- ¿Eres casado?
- Sí, y tengo dos hijos, un varón que vive en Miami y una hija que vive en Nueva York, junto con su madre. Estamos separados pero nos mantenemos en armonía, ella suele venir cada dos años, parte de este negocio es de ella, lo hicimos juntos. Mis hijos vienen más seguido, pero generalmente vienen con amigos, a disfrutar del mar. Ellos viven vidas diferentes a la mía, Jean estudia ingeniería y Claire se dedica al arte, como su madre Mónica, que hace pintura, y le va muy bien...
- Esos cuadros son muy bellos...
- Los pintó en una etapa anterior, cuando vivía aquí, ahora su estilo es otro, pero sigue siendo bueno. Ya te conté de mi familia. Ahora te acompañaré a tu habitación para que te acomodes y descanses un poco. Luego cenaremos. Aquí se cena temprano, como en todo el Caribe, a eso de las ocho.

El cuarto era tan exquisito como todo el Rincón de Pierre. Acomodé mis cosas y me regalé una larga ducha caliente. Luego me recosté, pero no dormí. Pensé. Pensé en esta loca aventura que había emprendido. Por primera vez me sentí seguro de llegar a concretarla, pese a que me faltaba la parte más difícil: remontar hacia el norte la costa norteamericana, con vientos indefinidos y oleaje más frío y elevado. Pero a favor tendría la cercanía de las costas, donde me podría refugiar frente a condiciones desfavorables. Toda esa costa es una sucesión de pueblos y ciudades, protegidos por arrecifes y puertos naturales.

Me sentía bien, tanto Josué como Pierre, me habían dado seguridad.

Por último recordó a Carmen. Pensaba en silencio pero lo hacía como si le contra a alguien esa historia. Aquella noche que pasamos juntos antes que yo partiera para el Nilo. Estábamos recostados en nuestro cuarto de Barcelona. Ella me preguntó:

- ¿Tú me comprendes?
- ¿En qué?
- En mi deseo de viajar a Nueva York.
- No sé si te comprendo, pero sé que quieres ir y para mí eso es suficiente, te prometo que te ayudaré a llegar a Nueva York, y que te sacaré una foto en la Estatua de la Libertad...
- Gracias Marco, muchas gracias, me haces muy feliz, te amo.

Marco se quedó un buen rato tirado en la cama, pensando, recordando, saboreando esa tristeza que lo acompañaba.

Por último dedicó su pensamiento a la canoa, su compañera.

Está descansando, como yo, - pensó – y eso lo reconfortó.

En la habitación había una heladera, encontró allí una lata de cerveza bien fría; la destapó y la bebió despacio, brindando por sus nuevos amigos.

Por último, decidió vestirse, para ir al restaurante.

Capítulo 11

El baño caliente y el descanso me hicieron muy bien, pensó Marco.

Cuando llegó al restaurante observó que había varias mesas ocupadas, alrededor de 20 personas ya estaban cenando.

Pierre lo recibió con un abrazo y lo condujo a una mesa. Le dijo: espérame un rato mientras te tomas un trago, tú mismo te lo sirves en aquella mesa, puedes acompañarlo con algunos bocaditos que tienes en la otra mesa, yo cumplo mi oficio de anfitrión y luego vengo contigo.

Marco hizo todo lo indicado. Se sirvió un ron con hielo, rebajado con agua tónica, y llevó a la mesa un par de platitos con exquisiteces del mar. Tuvo la sensación de estar en el paraíso. Mientras tanto veía a Pierre acompañar a la gente en diferentes mesas recomendándoles los platos de la cena, y respondiendo preguntas sobre el clima, sobre las playas más indicadas. Muchos de los presentes luego de la cena regresaban a sus barcos o veleros, donde pernoctaban. Solo algunos estaban alojados en la posada.

Finalmente Pierre terminó su oficio de anfitrión y se sentó a su lado.

- ¿Cómo te sientes Marco?
- Como un privilegiado, respondió riendo.
- Bueno, eres nuestro privilegiado...
- ¿"Nuestro"?
- Sí, del grupo, Olaff, Josué, el cubano Antonio y yo te hemos incorporado....
- ¿También lo conoces a Antonio?

- ¿Quién no conoce a Antonio en el caribe? Tu sabes cómo son los cubanos, solo una vez estuvo aquí, traía a unos pescadores canadienses, y habló durante cuatro horas...toda la historia de Cuba, me contó también su vida, y obviamente terminamos siendo amigos, además ambos somos radioaficionados, de modo que nos comunicamos bastante. En nuestro grupo hay otros más que no conoces...ya los conocerás...pero ahora elige el plato principal para que lo preparen, mientras tanto las entradas te las sirves tú mismo, en el bufete.
- ¿Qué me recomiendas?
- Un bistec de mero, al ajillo, con papas doradas...el mero es el mejor pescado del mundo, dicen, y yo lo creo.... Puedes acompañarlo con una copa de vino blanco frío.
- Muy bien, acepto tu sugerencia, pero pasaré de largo la entrada. Muchas gracias.
- Yo también comeré ese plato, y también pasaré la entrada... pero ¿Qué te parece si comenzamos con la copa de vino?
- Acepto.

Pierre se levantó y volvió con dos copas y una botella de vino blanco, traje la botella, dijo, porque sé que la tomaremos, y trajo un platito de rabas recién hechas, para picar....

- Eres un mago o un adivino, me encantan las rabas.
- No, solo tengo experiencia en estos asuntos, es mi oficio. Pero mientras esperamos que lleguen nuestros meros ¿Qué te parece si me cuentas cómo seguirá tu plan?
- Bueno, me quedaré unos días aquí, hasta que me eches, luego de aprovisionarme partiré hacia West Palm Beach, en directo está a 133 km de aquí, según como sople el viento tendré dos o tres días de navegación.
- Muy bien. Aquí puedes quedarte todo el tiempo que quieras, eres nuestro invitado privilegiado, como tú dijiste. Tienes todos los costos cubiertos, siempre que asumas el compromiso de volver a visitarnos, cuando termines tu aventura y cumplas tu famosa promesa...
- Seguro que volveré...dime, ¿Sabes todo sobre mí?
- Solo lo más importante, lo que me contaron nuestros amigos, especialmente Josué...no te preocupes, somos curiosos, pero discretos.

En ese momento llegó el mesonero con los platos. El bistec de mero se veía fabuloso, alto y ancho, nada que ver con un filete. Las papas doradas lo rodeaban y un mínimo detalle verde: una ramita de perejil, como al descuido.

- Que te apetezca dijo Pierre...
- Mmm... espectacular....solo de verlo sé que será muy sabroso... Mmm, está riquísimo...los felicito.
- Si, el mero es un pescado exquisito...pensar que es tan feo cuando lo ves en las pescaderías...porque es un pez que vive en la profundidad, y cuando lo sacan a la superficie, la baja presión hace que se le salgan los ojos hacia afuera...pero cuando pruebas su sabor te olvidas de esas imágenes. Igual nosotros no lo vemos, nos llega procesado y congelado desde Miami.
- Bueno, a mí tampoco me gusta la imagen de la langosta, con su aspecto de insecto acuático...
- Ja, ja, ja, y eso que eres un navegante...desconfianza le debieras tener a los tiburones...

- Les tengo, por supuesto, por eso llevo armas, para defenderme si me atacan...pero nunca me molestaron, las veces que se acercaron a la canoa, creo que fue por curiosidad, me miran y se van...
- ¿Te gustó el mero?
- Una exquisitez total, tienes un buen cocinero.
- Cocinera, se llama María, es mexicana, trabaja aquí desde que fundamos El Rincón, tiene un solo ayudante, Pedro, un trinitario... como ves, somos universales...en temporada, cuando viene mucha gente reforzamos el equipo, agregamos un ayudante de cocina y un mesonero adicional....¡Luis!
- ¿Me llamó jefe?
- Sí, tráenos, para compartir, otra ración de mero, creo que mi amigo se quedó con ganas, y yo también...
- Es una exageración, pero acepto, imposible despreciarlo.

Pierre llenó nuevamente las copas de vino y dijo:

- Brindemos, porque cumplas tu objetivo, y porque después de eso regreses por aquí... en una embarcación más cómoda, en Miami se compran a buen precio lanchones y pequeños cruceros que venden los desencantados... gente que compra un barco y luego prácticamente no lo usa, y le sale caro mantenerlo....pasada la novedad, lo venden...en su momento, cuando éramos socios con Josué compramos varios lanchones allí.
- Lo tendré en cuenta, gracias. La cena estuvo estupenda, realmente soy un privilegiado.
- Mañana te llevaré a recorrer la isla y luego algunos sitios del archipiélago, en lancha.
- Me parece muy buen plan, acepto.
- ¿Prefieres cerrar con un buen postre? Tenemos tortas heladas, ¿O prefieres un café?
- Solo un café amargo, he comido demasiado, gracias.
-

Terminada la cena, Pierre se dedicó a despedir a sus clientes, algunos de los cuales eran habitué en El Rincón, Marco salió al jardín a mirar el mar nocturno, iluminado por la luna y respirar el aire fresco que traía la brisa.

- Hola, les dijo a las iguanas que lo miraban con curiosidad. Entró a saludar a Pierre y se fue a su cuarto, necesitaba dormir.

Capítulo 12

Marco despertó temprano en la mañana, sintió calor, se vistió con ropa liviana y decidió salir al patio.

Cuando atravesaba la zona cercana a la cocina sintió aromas de café, y otros aromas agradables. Estaban preparando los componentes de esos sabrosos desayunos tropicales, con panceta frita, revoltillo de huevos, jamón cocido en rebanadas, salchicha con salsa de mostaza, panecillos, empanaditas de cazón, y café, mucho café humeante.

Se acercó y le pidió a la mexicana (cuyo nombre no recordaba) si le podía dar un café grande, amargo. Ella, sonriente le ofreció de todo. No gracias, yo solo desayuno café, tal vez luego coma algo.

Salió con su taza de café al patio y se encontró con las iguanas, ya despiertas, cazando algún insecto distraído. ¿Uds. no duermen? Les preguntó sin esperar una respuesta. Las iguanas lo miraron y continuaron su tarea.

Desde el patio se veía el mar en su enorme extensión. A esa hora estaba verde grisáceo, contrastando con el horizonte enrojecido por el sol que no terminaba de superar la bruma que producen las olas. Esa bruma baja que cuando la transita con su canoa le da la sensación que no se acabará nunca, pero que de pronto, mágicamente, el sol la borra en un instante y el cielo se vuelve todo azul y el mar recupera su verdor de mar, ya no grisáceo.

Estaba en el patio mirando volar a las aves marina cuando apareció Pierre y le dijo:

- Buen día Marco, luego del desayuno, si quieres, salimos a recorrer el archipiélago.
- Excelente, Pierre, estos islotes me parecen increíbles. Quiero no solo recorrerlos, sino que me cuentes cosas sobre ellos, y me digas cómo fue que los elegiste para vivir aquí.
- En realidad, no fue una elección, al comienzo fue puro negocio, pero cómo suele pasar luego me enamoré de ellos y aquí estoy, fiel con este matrimonio. Me gusta mucho vivir aquí, soy feliz con mi negocio, me va bien,.. ¿Qué más puedo pedir?
- ¿No extrañas a tus hijos?
- No, no los extraño, sé que están bien, que hacen lo que quieren, lo que han elegido, y vienen bastante seguido a visitarme...bueno, a visitar la isla en la cual nacieron y crecieron sus primeros tiempos... además sé que ellos me quieren y yo los quiero, es suficiente.
- ¿Y con tu ex esposa, cómo te llevas?
- Muy bien, somos amigos. Y en parte socios. Cuando nos separamos hicimos un acuerdo, ella es dueña del 25% del todo esto, pero no se ocupa de nada, para ella es solo una inversión que le asegura un poco su futuro, y nada más. Su vida es la pintura. Tiene una pareja, pero no viven juntos; ella viene cada dos años a pasar unos días aquí, vienen los dos. Él me cae bien, es un buen tipo, se dedica a pequeños negocios inmobiliarios. Disfrutaban aquí una semana del mar, se aburren y se marchan. Ella sabe que todo marcha bien, me tiene confianza, todos los años le transfiero su parte de las ganancias, y mi propia contadora, que está en Miami, arregla sus impuestos. En fin, una relación totalmente tranquila. ¿Vamos a desayunar?
- Vamos.

Terminado el desayuno partieron en la camioneta a recorrer la isla.

Mientras comenzaban a transitar la isla, Pierre narraba:

- Bimini es el distrito más occidental de las Bahamas, compuesto de una cadena de islas situadas a 80 km al este de Miami . A su vez se encuentra aproximadamente 209 km al noroeste de Nassau. La capital de Bahamas, supongo que Josué te habrá contado la historia de este pequeño continente.
- Sí, me explicó todo, incluida la relación actual con la Corona Británica.
- Las islas más grandes son Bimini del Norte y Bimini del Sur. Bimini del Norte es de 11 km de largo y 210 metros de ancho. Una lengua de tierra en medio del mar.

Su principal localidad es la ciudad de Alice Town, solo una colección de tiendas, hoteles, restaurantes y bares en torno a un único camino conocido como "La Carretera del Rey".

Bimini Sur es un poco más extensa y tranquila, alberga una pista de aterrizaje, llamada aeropuerto, y ofrece una tranquila alternativa al bullicio de Bimini del Norte.

Hay aquí una pequeña comunidad de casas conocida como Port Royal, donde se encuentra mi famoso "Rincón".

Durante muchos años, Bimini Sur solo recibía turistas navegantes, porque había pocos alojamientos. Fue en esos tiempos que decidí instalarme aquí y fundar el Rincón de Pierre. Fue un acierto. En el presente varios me copiaron y ya hay unos cuantos hoteles y alojamientos.

- Como verás luego, cuando crucemos con la lancha la corta distancia que nos separa, desde el punto de vista del turismo es más reconocida Bimini Norte, donde se encuentra Alice Town, una micro ciudad ubicada sobre una avenida comercial con buenos hoteles, bares, discotecas y playas de arena blanca y mar calmo. Es la preferida por los turistas. La más promocionada. La que visitan los cruceros que van rumbo a Bahamas. Hay un misterio en esa isla que atrae mucho, Bimini Road, a veces llamado Bimini Wall, es una formación rocosa submarina. El "camino submarino" consiste en una estructura lineal de noreste a suroeste de 0,8 km de largo compuesta de bloques de piedra caliza aproximadamente rectangulares. Se han hecho especulaciones sobre que esta estructura submarina haya sido un muro, una carretera, un muelle, un rompeolas u otra estructura hecha por el hombre. Sin embargo, faltan evidencias o argumentos creíbles para tal origen.

En ese momento llegaron a un pequeño muelle, dejaron la camioneta y subieron a la lancha de Pierre. Una hermosa lancha dotada con dos potentes motores fuera de borda y elementos para la práctica de esquí acuático y pesca.

- Yo les ofrezco este servicio especial a los clientes del Rincón y de paso, disfruto yo con ellos. El océano que rodea estas islas es considerado como una de los más importantes del mundo para la práctica de la pesca.

Dieron varias vueltas por diferentes rincones del archipiélago, en el cual, además de las dos islas principales, hay numerosos islotes y cayos, en los cuales muchos visitantes que gustan de la vida natural acampan, y son atendidos por pequeñas empresas de servicios desde las islas.

Pierre detuvo la lancha sobre el Bimini Road, y se echaron al agua más que transparente para ver en directo la formación de bloques, cuya geometría es realmente asombrosa.

Luego navegaron hacia mar adentro para ver curiosos delfines y peces de colores cuya presencia se destaca sobre la arena blanca del fondo y gracias a la increíble transparencia del agua.

Cuatro horas después, ya bastante golpeados por el sol, regresaron al Rincón.

- ¿Te gustó el paseo? Pregunto Pierre.

- Demasiado. – Respondió Marco, y agregó: estoy pensando que no podría vivir sin volver alguna vez por aquí. Dime Pierre, ¿Cómo se llama ese gran hotel que se ve en Alice Town?
- Resorts World Bimini Bahamas. – Respondió Pierre. Es un resort y casino. Es operado por Genting Group, una gran empresa con sede en Malasia. Construirlo costó 220 millones de dólares.
- ¿En Malasia?
- Sí, ¿Te asombra? Es la globalización, que le dicen.

Cuando visitaron Alice Town habían comido en una pequeña posada de un amigo de Pierre y tomado un par de cervezas, de modo que cuando llegaron al Rincón pasaron directo al descanso de la siesta, hora del día que en esos lugares es mejor permanecer a la sombra. Pese al calor reinante, la brisa del mar es tan saludable que en el cuarto no se utiliza – salvo días excepcionales – aire acondicionado, sino ventilador de techo.

Al cruzar el patio miró a las iguanas que estaban como siempre, juntas, en la sombra de los arbustos, cerca de la fuente que les salpica agua. Estaban totalmente quietas. ¿Dormirán con los ojos abiertos? Se preguntó, y se fue al cuarto, no sin antes decirle: Gracias Pierre, fue un hermoso paseo.

Ya en el cuarto, recostado, cerró los ojos y se reconectó con su viaje.

Capítulo 13

Marco revisó detalles a resolver para retomar su viaje, hasta que un agradable sopor, producto del paseo realizado con Pierre, lo durmió por un par de horas.

Se despertó como a las seis de la tarde, se duchó con agua tibia durante un largo rato, buscó en su breve equipaje una camisa presentable y se dirigió hacia el salón, donde en un rato se cenaría.

- Hola Marco, ¿Descansaste? - Le dijo Pierre, ofreciéndole un aperitivo, ¿Te gusta la piña colada?
- Sí, de chico la hacía mi abuelo en Puerto Rico, con mis primos le robábamos algún vasito cuando el abuelo se descuidaba... Mmmm, está estupenda. ¿Las piñas son de aquí?
- No, las traemos de Bahamas. Un tipo inteligente decidió reemplazar su viejo campo de caña de azúcar por plantación de piñas, ahora exporta a Europa y, por supuesto, a los mercados cercanos, Son muy buenas.
- Pierre, mañana quiero encerrarme a organizar la continuidad de mi viaje, ¿Tienes un lugar dónde pueda ubicarme? Necesito que haya una mesa en la cual desplegar algunos mapas.
- Ven – le dijo Pierre – esta es mi oficina privada, puedes ocuparla el tiempo que quieras. Aquí tienes de todo, mesa, computadora, teléfono, radio, hasta podemos, a la noche, llamar a Antonio y a Josué, para saludarlos. A Antonio por la radio, a Josué por teléfono.

- Gracias, es excelente este lugar, mañana me encerraré aquí unas cuantas horas, y me gustará mucho saludar a Josué y a Antonio. Te agradezco mucho todo, eres muy generoso.
- Me alegra que te guste, aquí podrás trabajar tranquilo, yo estaré varias horas afuera, debo llevar a unos clientes a Alice Town. ¿Vamos a cenar?
- Si, gracias, el paseo de hoy me ha dado hambre, y tus cenas son siempre una tentación.
- Esta noche te ofreceremos un plato especial: cerdo a la cerveza, con tostones gratinados. Un plato agridulce, ¿Te gusta?
- Por supuesto, hace años que no como tostones. ¿De dónde obtienes los plátanos?
- Como casi todo, en Bahamas.

El restaurante estaba tranquilo, había poca gente. Ambos decidieron cenar acompañando la comida con cervezas. En el bufete había entradas exquisitas. Eligieron unas cuantas, en platos pequeños. Marco sumó las infaltables rabas rebozadas. Pierre sumó una pequeña cazuela de mariscos, éstos son de aquí, dijo, riendo, no vienen de Bahamas. Se sentaron en su mesa dispuestos a disfrutar la cena.

El plato principal, el cerdo, lo trajo en persona la mexicana, y le explicó a Marco en qué consistía:

- Rodajas gruesas de pierna trasera de cerdo doradas en el horno, adobadas con cerveza, a la cual se le agrega al final algunas hierbas naturales, cebollitas pequeñas, y un toque de dulce de guayaba. Los tostones son plátanos poco maduros, cortados en rodajas a lo largo, dorados por separado en el horno, luego cubiertos de queso blanco, una rodaja fina de panceta, un poco de picante, y gratinados. Espero que le guste, Sr. Marco.

El plato fue realmente delicioso y abundante.

- Es delicioso, Pierre – dijo Marco, saboreándolo - tu cocinera es estupenda, todo que ofreces aquí, es espectacular.
- En realidad, ofrecemos comidas simples y abundantes. La gente que viene de turismo anda todo el día por el agua o por la playa, de modo que prácticamente solo cenan, y generalmente vienen con bastante apetito.
- Todo lo bueno alguna vez termina – dijo Marco – comiendo su último bocado...
- ¿Quieres más?
- Nooo.... Estoy más que satisfecho.
- ¿Quieres algún postre?
- No Pierre, gracias, solo desearía tomar un ron con hielo, caminando por el jardín, ¿Sabes que me hice amigo de las iguanas?
- No me extraña, son muy dóciles, y hasta cariñosas, muchos niños las acarician, y ellas se quedan quietas, disfrutando las caricias.
- Son muy bellas.

La noche terminó con ese formato, Marco tomando ron con las iguanas, y Pierre planificando en la cocina los pedidos que había que hacer en Bahamas. De paso le traeremos las provisiones a Marco, le dijo a la mexicana.

A la mañana siguiente Marco se levantó temprano, tomó, como siempre un café generoso, negro y amargo, y se instaló en la oficina de Pierre, un lugar excelente, silencioso, con vista al mar. La mexicana le dijo que a media mañana le llevarían un rico refrigerio. Marco aceptó, diciendo: perfecto, así paso de largo el almuerzo. Me estoy haciendo adicto a las cenas, las extrañaré durante el viaje en la canoa.

La mexicana se alejó pensando: “Este borincano sí que es loco...”.

Lo primero que hizo marco fue realizar, con su teléfono satelital, dos comunicaciones con sus amigos solidarios. Una con Pablo, de Miami, y el otro con Juancito, de Nueva York. Ambos le tenían buenas noticias.

Pablo le informó que habían recibido nuevas contribuciones y le había depositado en su cuenta mil quinientos dólares. Y que estaban organizando una recepción con periodistas en Palm Beach cuando llegara allí, lo que después, seguramente, produciría mayores contribuciones. Un canal de televisión local grabaría su llegada y prepararía un programa especial sobre “el navegante solitario”.

Las novedades de Juancito no se quedaban atrás: la National Geographic tenía interés en adquirir la crónica del viaje (“tendrás que escribir hermano” con textos y fotos).

Eso puede representar bastante dinero, con el cual podrás resolver muchas cosas en el futuro posterior a semejante viaje. Por otro lado un museo náutico de Nueva York quiere comprar tu canoa para incorporarla a su sala. Eso representará otro ingreso importante. Cuando llegues a la Estatua de la Libertad habrá un gran recibimiento. Lo están organizando las amigas de Carmen. Concurrirémos todos tus amigos, los de Miami, los de aquí, algunos de otras ciudades y puertos de la costa que tendrás que saludar cuando los recorras. Vendrán también algunos de tus amigos de Barcelona y un tal Josué, que no sabemos quién es.

Las noticias recibidas lo alegraron. Nunca había esperado que sucediera todo eso. Solo había imaginado una pequeña recepción por parte de algunos amigos, incluidas las compañeras de Carmen, nada más.

Pero la posibilidad de recibir esos ingresos lo alegraron porque le permitirían concretar un proyecto que estaba creciendo en su mente.

Durante el resto del día continuó organizando cosas triviales: hacer un mantenimiento (mañana) de la canoa; elaborar la lista del aprovisionamiento (se la había solicitado Pierre para sumarla a sus compras en Bahamas); estudiar la ruta y ver las previsiones climáticas; saber cómo estaban soplando los vientos Alisios, los cuales eran su principal aliado; y otras cosas menores.

A la nohecita, cuando llegara Pierre, se comunicarían con Josué y con Antonio, lo que le produjo una sincera alegría. Qué bueno sería también saber algo de Olaff, pensó.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, Marco, rompiendo su tradición decidió compartir un suculento desayuno con Pierre. Estaba realmente impactado y contento con las charlas sostenidas la noche anterior con Josué, por teléfono, y con Antonio por radio.

En ambas recibió mucho cariño y apoyo.

- Dime Pierre, no le controlan a Antonio las comunicaciones por radio que realiza.
- No Marco, Antonio es un ciudadano de confianza para el gobierno cubano. Peleó de joven por la Revolución y recibió una herida bastante grande en un costado, que en el campamento, en la selva, se la cosieron poco prolijamente, pero se curó. Hace algunos años un cirujano le ofreció hacerle una operación plástica para mejorar el aspecto de aquella costura. Antonio se negó diciendo: las heridas de la guerra no se deben borrar... entonces le otorgaron una medalla. Además, el gobierno sabe que es muy difícil impedir que los cubanos hablen, es como pretender hacer callar a las cotorras...son charlatanes seriales - dijo Pierre sonriendo.
- Fue muy bueno hablar con Josué y Alex, son gente que en pocos días me conquistaron. Alex, que es bastante callado anoche me dijo que con sus amigos están preparando un terreno, cercano a la playa para levantar mi cabaña, si decido volver...
- ¿Y qué piensas hacer cuando finalice tu viaje?
- Todavía no lo sé, primero debo cumplir este objetivo de mi vida, luego decidiré.
- Desde ya te digo que aquí también tienes un sitio, si quieres venir...
- Gracias Pierre...¿Sabes algo de Olaff?
- El último mensaje que recibí me lo mandó desde Bahía, estaba reparando el timón del velero, para seguir hacia el sur...por cierto me dijo que si aún estabas por aquí te mandaba un abrazo.
- Un personaje increíble, el vikingo...estoy seguro que cumplirá sus objetivos.
- No te quepa ninguna duda, es un navegante eximio.
- Pierre, creo que mañana partiré...he visto que los vientos alisios son propicios, los recibiré de popa, a 15°, eso es perfecto. Creo que en tres días estaré en West Palm Beach, mis amigos están preparando una bienvenida, con televisión y todo...
- Te convertirás en un personaje público, Marco. ¿Luego de Palm Beach cual será tu próxima parada?
- Saint Augustine, muy cerca de Jacksonville. Allí solo me reabasteceré, y seguiré viaje hasta Charleston o hasta Myrtle Beach, preferentemente, es un poblado más pequeño, en Carolina del Sur. Luego la navegación se me complicará porque tendré que viajar con rumbo noreste, sin mucha ayuda del viento. Creo que haré bastante ejercicio de remo. Pero me lo tomaré con calma. Seguramente en alguno de esos lugares me toparé con alguna tormenta que me obligue a descansar en la costa. Luego viene un trecho largo, hasta Virginia. Después otro trecho más hasta New Jersey y de allí a Nueva York. Creo que todo el trayecto me llevará un poco más de un mes, o tal vez un mes y medio, o dos, dependiendo del clima y de los vientos. Entre West Palm Beach y NY tengo un trayecto del orden de 1800 km, sumando los que hay desde aquí hasta WPB que son 133 km. Se puede estimar un trayecto cercano a los 2000 km. Suponiendo un promedio generoso de 20 km/día, el viaje no debiera superar dos meses. ¿Verdad?

- Si Marco, tus cálculos no son malos, en las primeras etapas estarás muy favorecido por el viento, seguramente harás un buen promedio. Luego será diferente, pero lo lograrás muy bien. Estuve viendo ayer tu canoa, luce muy bien. Sólo le falta un motorcito...ja, ja, yo se lo hubiera colocado...ja, ja.
- Según ella, el motorcito soy yo...ja, ja Justamente ahora pienso ir a preparar la canoa. Dime Pierre, ¿Cuándo llegan las provisiones?
- Las de Miami ya deben haber llegado. Las de Bahamas seguramente esta tarde estarán aquí. El correo aéreo las trae hasta el Rincón.
- Perfecto, debes pasarme la cuenta.
- OK, pero te comprometes a pagármelas una vez que hayas finalizado el viaje ¿De acuerdo?
- Todos Uds. me convertirán en un vago mantenido.
- Ese fue alguna vez mi sueño... dijo Pierre.

Marco preparó el equipaje grueso para trasladarlo a la canoa. Pierre le aseguró que no debía preocuparse, la guardia es permanente. “Puedes dejar tus cosas allí”.

De todos modos, lo valioso, el teléfono satelital, su Tablet y los documentos de navegación y entrada a los EE.UU., pasaporte incluido, los mantendría, como siempre, consigo. También tendrá consigo el recuerdo de Carmen.

- ¿Vienes a almorzar? Le preguntó Pierre.
- No, con este desayuno estoy hecho hasta la cena.
- Me parece bien, hoy tendremos una cena especial. El plato principal se llama “para que vuelvas”. Es famoso aquí. Cuando tú me digas te acerco hasta el puerto.
- Gracias, creo que en media hora tendré todo preparado.

Pierre llevó a Marco hasta el galpón donde se encontraba la canoa, saludó al guardia de turno y antes de marcharse preguntó a Marco si quería que lo viniese a buscar.

- No, gracias, Pierre, prefiero caminar un poco, debo comenzar a moverme.
- Bueno, si cambias de opinión me avisas, en el galpón hay un teléfono fijo conectado al hotel.
- Es la primera vez que te escucho llamarlo “hotel”...
- Es cierto, no es un hotel, es El Rincón de Pierre, suena mejor.

Marco comenzó a trabajar. Vacío toda la canoa. Revisó cuidadosamente su casco. Está perfecto, le dijo al guardia que lo observaba.

- ¿Necesita que lo ayude, Señor?
- No gracias, no es mucho lo que debo hacer.

Luego se dedicó a ordenar el cobertizo de popa donde se protege cuando en plena mar lo sorprende una lluvia. Sacudió y acomodó la colchoneta bajo el cobertizo. Revisó todos los cordajes y el doble juego de remos. Luego dedicó un largo tiempo a la vela y al timón, los dos elementos fundamentales para aprovechar el viento. Todo estaba en orden. Se puso contento, lo invadió las ganas de zarpar, “mañana a la mañana”, pensó.

Todavía no era media tarde cuando partió caminando rumbo al Rincón, que se encontraba a una quince cuadas. En el borde de la calle jugaban lagartijas. “Es un bello lugar”, pensó. Se imaginó a Pierre mirando por primera vez esta pequeña isla. Le había contado que en aquel tiempo no había casi nada. Todavía no existía el aeropuerto. Solo el embarcadero

protegido de los vientos para dejar los veleros. Sin embargo se decidió, arrendó el lugar y construyó el Rincón. Fue un verdadero acierto.

Llegó a su cuarto, se duchó y decidió descansar un rato, antes de ver las provisiones que supuestamente habían llegado. No era mucho lo que necesitaba llevar, en tres o cuatro días estaría ya en la costa americana y a partir de allí el abastecimiento podía hacerlo cuando lo necesitará. Toda la costa Este está muy poblada. Hay muchos pueblos y playas donde conseguir todo lo necesario. “Es conveniente que la canoa vaya liviana, eso permite acelerarla sin demasiado esfuerzo”.

Un par de horas después se levantó y fue a buscar a Pierre para organizar las provisiones. Un bidón de agua potable de tres galones. Alimentos varios. Galletas. Latas. Frutas secas. Algunas frutas frescas para los primeros días. La mexicana le había preparado una carne de cerdo cocida especialmente para que se conserve sin requerir frío. “Esto lo hacía mi abuela, en esos tiempos, en el lugar donde ella vivía no existía la heladera, le gustará”. Dijo.

- Muchas gracias, no debió molestarse, claro que me gustará, se la ve estupenda.
Pierre sumó media docena de latas de cerveza, diciendo: “Mañana, cuando te lleve, cargamos el hielo en tu conservadora”.

- Todo listo Pierre, no sé cómo agradecerte, ya me estoy poniendo nostálgico...
- No te preocupes, algo me dice que no pasará mucho tiempo para que vuelvas.. ahora, si estás de acuerdo, vamos a cenar, te hemos preparado algo especial.

Efectivamente, era una cena especial: dos exquisitas langostas, papas al natural y platitos con cazuela de camarones y langostinos. Vino blanco frío y un postre de fresas con crema. Todo delicioso.

Cerca de las diez de la noche Marco se despidió de todo el personal, quiso saludar a Pierre, quién le dijo, tranquilo, que yo mañana te llevo hasta el embarcadero y te ayudo a partir. Satisfecho, agradecido, fue a su dormitorio a descansar. “Mañana comienza otra etapa”, pensó antes que el sueño lo llevara a navegar.

Capítulo 15

Todavía no había amanecido cuando la ansiedad por el viaje despertó a Marco.

Se levantó contento, fue hacia el baño, orinó, se lavó los ojos con agua fría, como era su costumbre y se vistió con la ropa de viaje: un bermudas cómodo y una remera, zapatillas livianas, aptas para el agua, un gorro con visera para proteger el rostro del sol y un par de muñequeras para protegerse ante un mal movimiento del remo. Guardó todas sus cosas en la pequeña mochila y fue en busca del café mañanero.

Un ayudante de la mexicana le sirvió un café generoso, en taza grande, amargo, como le gustaba. En ese momento apareció Pierre vestido de blanco, impecable.

- Buen día Marco, veo que ya estás listo, con tu equipo.

- Si, Pierre, y tú estás muy elegante.
- Si, para despedir a un amigo, ven, vamos a la mesa, yo debo desayunar, acompáñame con tu café.

Finalizado el desayuno subieron a la camioneta y partieron para el embarcadero.

El guardia ayudó a Marco a desplazar la canoa hasta la orilla, mientras Pierre subía a su lancha que había dejado allí la tarde anterior, y la ponía en marcha.

- ¿Qué piensas hacer, Pierre?
- Remolcarte hasta pasar los arrecifes, desde allí ya tendrás viento de popa...
- Eres increíble... puedo remar.
- Sí, lo sé, pero me gusta despedir a mis amigos navegantes en el mar...
-

Cargaron todo en la canoa, la deslizaron hasta el agua. Pierre sujetó el chicote en la popa de la lancha. Todo estaba listo. Se abrazaron fuertemente antes de subir, cada uno a su embarcación, se prometieron verse pronto. Suerte y feliz viaje. Pierre arrancó lentamente arrastrando a la canoa, rumbo la salida, rumbo al mar.

Superada la rompiente y la franja de los arrecifes, a trescientos metros de la costa, Pierre detuvo su lancha, soltó el chicote de la canoa y allí quedaron mirándose por un largo instante, mientras las embarcaciones se balanceaban con las suaves olas que corrían hacia el oeste.

- Buen viaje Marco, ante cualquier dificultad no dudes en llamarme, estaré pendiente. De todos modos sé que te irá bien, pero espero tus mensajes, recuerda siempre que aquí tienes un amigo...
- Gracias por todo Pierre, nos veremos pronto...te felicito por tu Rincón, es un sitio especial... saluda a todo el personal y si te comunicas con Josué, con Alex, con Antonio y con Olaff, mis recuerdos y abrazos...hasta pronto, gracias.

Marco izó la pequeña vela que se infló con la brisa y la canoa comenzó a alejarse. Pierre permaneció un ratito más a la deriva viendo cómo se alejaba la canoa, luego encendió el motor de la lancha, saludó a Marco con el brazo el alto, esperó la respuesta del saludo que llegó rápidamente...ya había doscientos metros de mar entre ellos.

- Mucha suerte amigo – pensó – mientras aceleró la lancha rumbo a la costa.

Marco miró hacia atrás, vio como la lancha se alejaba rumbo a Port Royal, vio también cómo la isla se achicaba lentamente, a medida que la canoa, impulsada por la brisa mañanera se alejaba raudamente, rumbo al noroeste.

Controló los instrumentos, todo estaba bien. Fijo el timón con ángulo de 20° y se dedicó a mirar el mar verdoso, reluciente por el sol que se elevaba a sus espaldas. El mar estaba realmente hermoso, con olas suaves y pequeñas que devolvían los reflejos del sol naciente, algunos peces saltarines acompañaban a la canoa, a lo lejos divisó a un grupo de delfines que saltaban, como jugando carreritas. Arriba, volaban bandadas de aves que seguramente recorrían diariamente la distancia entre Port Royal y Miami buscando su alimento. Por aquí es pequeño el mundo, pensó. Todo parece demasiado cerca.

Durante todo el día navegó llevado por la brisa, casi sin tener que corregir el rumbo. En el cielo no se veían nubes. La brisa era constante y suave. Las olas no superaban los 20 centímetros, si todo sigue así llegaré a West Palm Beach mañana por la tarde, calculó.

El cerdo que le preparó la mexicana estaba excelente, las cervezas cubiertas por abundante hielo que le llevó Pierre, estaban heladas. Disfrutó de un excelente almuerzo cena en mitad de la tarde y luego resolvió dormir un par de horas, hasta el anochecer, ajustó la alarma para despertarse antes de la noche, y se recostó.

Durmió profundamente esas dos horas. Cuando sonó la alarma se sintió como desorientado, no sabía dónde estaba. Poco a poco recuperó la conciencia. Todavía el cielo estaba claro en el oeste. Encendió las luces de seguridad, recordando que estaba en ruta de cruceros, y controló su posición. Apenas se había desviado del camino trazado. Corrigió el ángulo del timón, achicó vela para disminuir la marcha durante la noche. Se dedicaría a completar las crónicas del viaje en la Tablet. La noche estaba clara, la luna todavía no había aparecido, el cielo se veía gris poblado por una enorme cantidad de estrellas. Identificó algunas constelaciones, pensó en jugar con el astrolabio, pero decidió que era más útil escribir, ahora que parecía que le pagarían por eso.

La navegación nocturna fue tranquila, hasta pudo dormir algunas horas. De a ratos despertaba y controlaba toda la situación. La normalidad del viaje se mantuvo toda la noche.

Al amanecer comprobó que la dirección de la brisa había variado, ahora se dirigía directamente hacia el Oeste, tenía entonces que navegar a 45° de la dirección del viento; el oleaje había aumentado, las olas eran ahora de aproximadamente 30 cm y producían un balanceo permanente al golpear en el costado derecho de la canoa.

Esto demorará mi llegada a West Palm Beach – pensó – y decidió comunicarse con los amigos de Miami, que estaban organizando una recepción allí, con periodismo televisivo.

Efectivamente, sus amigos le expresaron que debía llegar durante la mañana del día siguiente. Que en caso de llegar antes a la zona, podía amarrar su canoa en una de las grandes boyas ubicadas a quinientos metros de la costa y permanecer allí hasta el horario convenido con la prensa y con los grupos de amigos y allegados que concurrirían a participar del acto de arribo.

Marco decidió disminuir la velocidad, calculando llegar a la boya en horas de la madrugada, lo que le permitiría descansar algunas horas y preparar el aspecto de la canoa y su propio aspecto, como le habían recomendado.

Pondría a tope de mástil tres banderas pequeñas que traía, una, arriba, la de Estados Unidos, que lo recibiría en su territorio, la segunda, la de Barcelona, que representaba a Carmen, y el objetivo de su viaje, por último, una bandera boricua que actualmente representaba al Estado de Puerto Rico.

Supo que si bien faltaba mucho para llegar a Nueva York, el desenlace de su viaje comenzaba a aproximarse. Lo invadió una sincera satisfacción. En sus crónicas decidió escribir sobre su relación con Carmen. Su recuerdo lo acompañó durante el par de horas que transcurrieron hasta que el sol, lentamente se sumergió en el horizonte del Oeste.

Mañana comienza la última etapa, la más esperada.

En ese momento sonó en su teléfono satelital el aviso de llamada. Era Pierre, que lo saludaba y le preguntaba cómo se desarrollaba el viaje. Le produjo mucha alegría esa llamada, puso al tanto a Pierre de todas las novedades y quedó en contarle, mañana, todo lo que ocurra, después de la ceremonia del arribo.

- Te transmito saludos de todos los amigos del Caribe – dijo Pierre – hace un rato me comuniqué con Josué. Esta noche le contaré tus novedades a Antonio, y le mandaré un mensaje a Olaff.
- Gracias Pierre, no sabes lo que representa la presencia de Uds., que me acompaña siempre. Ya no estoy solo en medio de este inmenso mar. Gracias. Muchas gracias.

La canoa parecía impaciente, como esos caballos que regresan a su campo, al finalizar la jornada. Se la notaba briosa, como queriendo acelerarse.

- Quieta, quieta, le dijo sonriendo, y achicó la vela en el comienzo de la noche.

La Luna creciente se asomaba por el Este. El graznido de algunas aves nocturnas le decían que no estaba muy lejos de la costa.

Capítulo 16

Pasada la medianoche divisó las luces de las boyas.

Mucho más atrás se veían las luces de la costa y de la ciudad, que se extendían por kilómetros hacia ambos lados.

A medida que se acercaba comenzó a distinguir también las luces del puerto, cuyo acceso estaba totalmente definido por caminos de luces flotantes.

Pero su acuerdo era bien claro: debía permanecer junto a una boya hasta media mañana. A esa hora sucedería la recepción de sus amigos y de la prensa.

Se acercó a la boya ubicada a la izquierda, la más cercana, la otra estaba ubicada a unos cuatrocientos metros de la primera. Ambas definían como una gran entrada marítima a la ciudad de West Palm Beach.

La boya es esférica, de aproximadamente 8 metros de diámetro, de aluminio, una pasarela con barandilla 30 cm arriba de la línea de flotación, permite recorrerla. Una escalerilla curva permite subir a la cima para realizar el mantenimiento eléctrico de las luces, y de una antena corta que seguramente proporciona una conexión wifi. Una caja de enchufes, con entradas diversas permite recargar los instrumentos. Todo, luces incluidas, alimentadas por paneles solares.

Seguramente las boyas están amarradas con un grueso cordón de acero revestido al fondo. Un cartel dice: Profundidad 40 metros.

Eran exactamente la 01.45 am. Un horario ideal para dormir. El mar estaba calmo, con oleaje bajo. Acercó la canoa y la amarró a los ganchos de la boya. La canoa derivó hacia el Oeste, en dirección al puerto y se quedó quieta, a tres metros de la boya.

Encendió su luz de posición, transmitió a la guardia del puerto dónde se encontraba y que allí se quedaría hasta la mañana. Todo en orden, respondieron. Por la mañana le informarían de las instrucciones para el acceso al puerto.

Sacó de la conservadora el resto de cerdo que quedaba y una cerveza bien fría. Todavía sobrevivía un trozo de hielo, por suerte.

Luego decidió dormir. Mañana es otro día.

Quien observe el mapa, podrá ver que West Palm Beach tiene su costa separada del mar por un islote delgado y largo, de varios kilómetros, unido a la costa por dos puentes. Para entrar al corredor acuático intermedio hay una entrada al norte, aproximadamente a un kilómetro del Museo de Arte, ubicado sobre la costa interna. En las proximidades del embarcadero del museo hay un hermoso parque donde se realizará la ceremonia. “Allí tenemos instalado un palco, a 50 metros de la costa, donde exhibirás la canoa”.

Eso leyó en un mensaje que sus amigos de Miami le habían enviado. Al final agregaron que una lancha de la guardia portuaria lo arrastraría desde la boya hasta la entrada al corredor y luego tú navegarás hasta el museo, haciendo tu entrada triunfal al continente. Allí estaremos todos.

Ahora si a dormir, fue lo último que pensó.

Durmió profundamente. El balanceo de la canoa con las olas lo indujeron a un sueño. Se vio niño, en la hamaca que su abuelo materno le colocaba entre dos palmeras de la playa, y lo hamacaba, mientras le contaba historias de piratas. ¿Pueden venir aquí esos piratas, abuelo? No mi niño, los piratas nunca se animaron a invadir borinquen. Saben que somos muy bravos. Entonces, ya sin miedo, se dormía tranquilo, allá, en la playa, con su abuelo.

Cuando despertó ya estaba amaneciendo. En los trópicos los amaneceres y los atardeceres son muy breves, de la oscuridad se pasa a la luz, y viceversa, en pocos minutos. El color rojo en el cielo dura escasos minutos, y se esfuma.

Como todas las mañanas mojó su cara y su pelo con agua de mar, pero hoy se enjuagó con agua dulce del bidón. Es un día especial pensó.

Mientras se calentaba el agua para el café, afeitó su cara y acomodó su pelo. Por suerte lo había recortado en Port Royal, frente al gran espejo que había en el baño de su cuarto. “Luego me pondré esa remera blanca con franjas azules horizontales, típica de marinero, seguramente así me imaginan todos los que me esperan”. Pensó, y saboreó su café negro, amargo, el que tomaba todas las mañanas desde que tenía memoria. Recordó la cara de desagrado de Carmen, en Barcelona, cuando lo miraba tomar ese café amargo. Ella le agregaba dos cucharas generosas de azúcar, a su taza mediana.

Con la claridad de la mañana comprendió que las boyas estaban ubicadas un poco más al norte de donde se veían los edificios más altos. Mirando el mapa supo que indicaban la entrada al corredor. Pequeñas boyas flotantes indicaban el camino a recorrer.

Miró la hora. Faltaban quince para las siete. Tengo tiempo de sobra para acomodar un poco la canoa y subir las banderas al tope del mástil. La lancha vendría a recogerlo a las nueve, para llevarlo primero hasta la guardia del puerto, donde debía registrar su ingreso, y luego al Museo de Arte, donde se celebraría su llegada.

Pasadas las ocho recibió el primer mensaje. Sus amigos de Miami saludándolo y diciendo que todo estaba preparado. Que habría bastante gente recibéndolo: sus amigos de Miami y los amigos de los amigos y gente local, integrantes del club náutico. El Alcalde enviará un representante para saludarte y darte la bienvenida oficial al continente. (No te olvides de colocar la bandera norteamericana).

En segundo lugar, una llamada de Pierre, preguntando cómo estaba todo y reconociendo su ansiedad. Lo tranquilizó describiendo todos los detalles recibidos y agradeciendo todo lo que hacía por él. Olvídate, te lo mereces. Me llegó un mensaje de Olaff, anda cerca de Uruguay, hará una corta escala allí y luego recorrerá toda la costa patagónica hasta Tierra del Fuego, de allí, luego, cuando finalice el invierno, cruzará a la Antártida. Te desea mucha suerte.

Finalmente llegó el mensaje de la guardia del puerto, la lancha que lo recogería ya estaba en viaje, llegaría en veinte minutos. Parecen alemanes, pensó Marco cuando miró el reloj: eran las 08.40, exactamente.

En la lancha venían dos guardias jóvenes que lo saludaron y le dieron la bienvenida, luego miraron con curiosidad a la canoa, todos sus detalles, y Marco sintió que lo miraban con respeto. “Lo admiramos mucho”, dijeron sonriendo.

- Hablan muy bien el español, les dijo Marco.
- Somos dominicanos - respondieron -, además, aquí se hablan permanentemente los dos idiomas, la mayoría que viven o que vienen, son latinos.

Marco les arrojó el chicote de la canoa y la lancha la remolcó lentamente rumbo a la costa, siguiendo el camino indicado por las boyas pequeñas, algunas de las cuales todavía emitían luz anaranjada. Seguramente cada una dispone de un chip de carga de energía solar – pensó Marco - efectivamente, las boyas eran esféricas y en la parte superior, además de las lámparas led tenían un pequeño panel solar.

La lancha entró por el estrecho norte al corredor, dobló hacia el sur y se detuvo frente a la guardia del puerto. Los guardias ayudaron a Marco a sujetar la canoa en el pequeño muelle en el cual se encontraban varias lanchas patrulleras y le indicaron el edificio de la oficina. Vaya tranquilo, nosotros cuidaremos su canoa y sus pertenencias.

Marco tomó la mochila y caminó lentamente hacia la oficina, donde lo esperaba un oficial moreno, con uniforme blanco, impecable, que le dijo: “Bienvenido ciudadano”.

Entregó su pasaporte y los papeles que acreditaban a su canoa.

El oficial revisó todos los documentos, llenó una planilla de ingreso y le entregó a Marco una copia, diciéndole: “Con esta planilla Ud. puede ingresar a cualquier punto no militar de la costa de los EE.UU.; debe respetar todas las normas de navegación descritas en este manual que le entrego. Con esto ha finalizado su trámite. Permítame decirle que para nosotros es un honor recibirlo, conocemos su desafío de navegación, y lo felicitamos. Feliz estadía, deseamos que pueda cumplir sus objetivos. Solo permítame advertirle que cuando ingrese a Nueva York navegue con cuidado, hay mucho movimiento de embarcaciones grandes entrando y saliendo. Navegue siempre por el camino náutico indicado por las boyas descritas en el Manual que le entregué.

- Muchas gracias – dijo Marco, estrechando la mano del oficial.
- Los guardias que cuidan su canoa le indicarán como llegar hasta el Museo de Arte, donde lo esperan con una recepción. Buena suerte.

Los guardias le indicaron que siguiendo el canal, aproximadamente a ochocientos metros encontraría el Museo.

Marco acomodó sus ropas, subió a la canoa, se despidió y agradeció a los guardias, y lentamente, remando se desplazó en la dirección indicada.

Capítulo 17

Marco navegó lentamente por el canal costero, remando calmo, mirando los parques, edificios y mansiones existentes en la costa. “Hay dinero aquí”, pensó.

En los jardines del Museo de Arte se encontraban reunidas aproximadamente cien personas: los amigos de Marco residentes en Miami; una de las amigas de Carmen, venida desde Nueva York; integrantes del Club Náutico local; una pequeña comitiva representando al Alcalde de la ciudad; y curiosos que querían ver la llegada de Marco Polo, El Navegante. Así se lo llamaba en una nota publicada por los amigos de Miami en un periódico local.

Los organizadores del encuentro habían dispuesto un pequeño palco y una carpa blanca donde se haría un brindis.

Todos los presentes miraban hacia el corredor para avistar a El Navegante.

Vieron, por fin, aparecer a la canoa con Marco remando con tranquilidad, acercándose a la playa.

Cuando por fin la canoa se detuvo en la orilla y Marco saludo con el brazo en alto, primero se hizo un corto silencio, y luego un gran aplauso.

Marco bajó, primero se abrazó con sus amigos, con las amigas de Carmen, saludó a muchas personas que le presentaban, y allí, parado junto a su canoa tuvo que responder a las primeras preguntas de los periodistas de la TV que estaban filmando y grabando su llegada.

- ¿Se llama Ud. Marco Polo? Fue la primera pregunta que le realizaron.
- Marco, riendo, contestó: no, mi nombre es Marco Velázquez, el “Polo” me lo agregaron mis amigos, algunos de los que están aquí, cuando les comuniqué mi proyecto.
- ¿Es cierto que este viaje es para cumplir una promesa de amor?
- Bueno, fue una promesa no expresada, mi amada murió en un accidente antes que yo se la formulara, una promesa implícita, que me propuse cumplir, y que recién cumpliré cuando llegue a Nueva York, más precisamente a la Estatua de la Libertad.

En ese momento del reportaje se hizo un gran silencio en el público. La amiga de Carmen no pudo evitar llorar. En ese momento alguien dijo: “Miren, allí llega el representante del Alcalde...”. Una camioneta se detuvo cerca de la carpa blanca, bajaron de ella tres personas que portaban una caja. Todos los presentes, entonces, se enrumbaron hacia el palco instalado enfrente de la carpa.

Marco saludó a los representantes del Alcalde. Los cuales, antes de subir al palco le entregaron la caja que contenía seis botellas de champagne, diciéndole: “las envía el Sr. Alcalde, que no pudo venir por problemas de agenda, pero a través nuestro le da su bienvenida y le manda este presente para hacer un brindis celebrando su llegada”.

- Muchas gracias – dijo Marco – mis saludos y agradecimiento al Sr. Alcalde.

Subieron al palco Marco, el representante del Alcalde, dos amigos de Miami, el Presidente del Club Náutico, y Delia, la amiga de Carmen.

Un locutor dio inicio al acto haciendo un resumen del itinerario recorrido por Marco, desde el puerto de La Ceiba, en Honduras, pasando por el Golfo de México; las costas de Cuba; arribando a Bahamas; desde allí hasta Port Royal; y llegando hoy aquí, luego de haber recorrido solo, con su pequeña canoa, sin ningún motor, solo impulsado por el viento y por su remo, cubriendo una distancia aproximada de dos mil quinientos kilómetros. Durmiendo muchas veces en alta mar, y otras en pequeñas playas desoladas. Toda una odisea que justifica el apodo que le agregaron sus amigos, para llamarlo: Marco Polo.

Y desde aquí partirá en los próximos días rumbo a Nueva York, recorrerá con su canoa dos mil kilómetros más, a lo largo de la costa Este norteamericana. Allí finalizará su viaje, en la Estatua de la Libertad. Toda una travesía, impulsada por una promesa, cuyo contenido desconocemos, y que Marco la explicará cuando finalice su viaje.

A continuación, tomó la palabra el representante del Alcalde, que dijo, en perfecto español: “Damos, en nombre de las autoridades y pueblo de West Palm Beach la bienvenida a Marco Velázquez, ciudadano de nuestro Estado Puerto Rico, residente en Barcelona, quién recorrerá, en su pequeña canoa, ayudado solo por el viento y por su remo, una distancia de cinco mil kilómetros, para cumplir una promesa. Destacamos su esfuerzo y su valor; comprometemos nuestro apoyo, y le deseamos pueda cumplir con total éxito su recorrido. Estamos muy contentos que sea nuestra ciudad su punto de ingreso a los EE.UU.; Marco, gracias por venir, te deseamos la mejor de las suertes, esta ciudad te recibirá siempre con satisfacción y respeto. Muchas gracias”.

Luego dieron breves mensajes uno de los amigos de Marco, residente en Miami y la amiga de Carmen.

El primero destacó la valentía de Marco, por lanzarse al mar con su canoa para cumplir una promesa y un sueño; destacó el apoyo y ayuda que le brindaron muchos amigos y admiradores del Estado de Florida; de Nueva York, de Barcelona y de otras ciudades de diferentes continentes que hicieron llegar, no solo palabras, sino aportes con los cuales Marco pudo realizar este viaje. Destacó que entre los depósitos que ya le realizaron durante el viaje y éste, que se concretó hoy, suma que hicieron llegar todos los aportantes, se completó la suma de trece mil quinientos dólares: Marco, aquí tienes el recibo del último aporte, realizado hoy, por siete mil quinientos dólares. Seguramente seguiremos recibiendo aportes hasta el final de tu viaje. Mucha suerte hermano, todos te acompañamos.

La amiga de Carmen, con lágrimas en los ojos, solo dijo: “Gracias Marco, muchas gracias, en nombre de Carmen, que no pudo cumplir aquella vez su sueño, pero que hoy seguramente, viaja contigo, y nos saluda, desde el balanceo de las olas. Las tres amigas de Carmen, que seguimos juntas, viviendo en Nueva York, te queremos mucho, gracias”. Se acercó a Marco, le entregó la última foto que tuvieron de Carmen, y le dio un beso.

Marco se secó las lágrimas de emoción, de alegría y de tristeza, que cruzaban su rostro, la abrazó, abrazó también a su amiga, y dijo: “Gracias, gracias todos, a ustedes, que con su apoyo hicieron posible esto”.

Por último habló breves palabras el Presidente del Club Náutico local, quien expresó su satisfacción por el arribo, y expresó que junto con el Club Náutico de Nueva York, desean que la canoa de Marco Polo se integre al museo náutico de la Nación, sumándose a la exposición permanente de embarcaciones especiales que realizaron diversas proezas.

El locutor dio por terminado el acto e invitó a todos los presentes a concurrir a la carpa donde se realizará el brindis de la bienvenida.

Los periodistas le dijeron: Marco, ahora vamos a hacer una buena entrevista, en la cual contarás todos los detalles interesantes de tu viaje.

Mientras todos brindaban y comían bocadillos, Marco contó todos los pormenores del viaje, destacando los encuentros con esos amigos desconocidos, Antonio, en Minas de Matahambre, en Cuba; Olaff, el vikingo, a quien conoció en el pequeño pueblo de Isabela de Sagua, también en la costa norte de Cuba; Josué en la isla Williams en Bahamas, y Pierre en Port Royal, que le brindaron su cariño y ayuda. Y otras personas cuyo nombre no recuerda pero sí sus gestos, como aquel muchacho mecánico de Sagua que le obsequió aquellos tornillos para su timón.

Narró con sinceridad sus deseos y también sus temores, navegando en noches inciertas rogando que no lo sorprendiera una tormenta.

Por último, los periodistas le informaron que harían un programa completo, con todas las filmaciones y declaraciones de él y los reportajes a sus amigos, y que le enviarían una copia digital a su correo. Por último, le preguntaron: ¿Cuándo zarpará?

- En tres o cuatro días, respondió.

Capítulo 18

Durante los tres días que permaneció en West Palm Beach, Marco desplegó muchas actividades con sus amigos de Miami, y con Delia, la amiga Carmen.

También tuvo reuniones con la prensa local; con el representante de la National Geographic, que le comunicó su interés por adquirir la crónica del viaje y con la gente del Club Náutico quienes le informaron que seguramente recibiría un bono generoso por la donación de la canoa al Museo Náutico. El Club realiza una especie de subasta interna entre sus sponsors quienes definen un aporte. No bajará de ochenta mil dólares, le dijeron, teniendo como referencia situaciones anteriores. Marco quedó estupefacto.

A su vez, sus amigos le dijeron que la National Geographic paga muy buena suma por esas notas que destacan las hazañas de los solitarios. Hay tendencia mundial por su lectura.

Marco hizo –por primera vez- números rápidos que ni siquiera había imaginado, y su cerebro comenzó a pensar en un proyecto que venía alimentando desde que partió de Port Royal, pero que no se animaba a pensar que pudiera ser una realidad.

Con Delia, superada la emoción del encuentro se pusieron a organizar los detalles de la ceremonia que realizarían en la Estatua de la Libertad.

Yo calculo que asistirán quinientas personas, dijo Delia. El Alcalde de la ciudad ya nos ofreció servicios y seguridad. El encuentro lo realizaremos en la explanada de la Estatua. Ya nos autorizaron montar allí un pequeño palco y dos carpas más grandes de las que se montaron aquí. Nuestro grupo está haciendo réplicas de tu canoa. Con su venta se solventarán los gastos de la recepción. Además los concurrentes adquirirán un bono voluntario.

A Marco lo superaban estas cosas. Tantos meses viajando en soledad le impedían comprender tanto movimiento social. No había imaginado ni por aproximación lo que sería su arribo. Él siempre pensó solo en un grupo de amigos acompañándolo en ese momento tan intenso.

Es que tú no sabes la influencia de la televisión, le dijo Delia. La gente necesita héroes, quiere que sucedan historias como éstas, quiere saber de promesas que se cumplan.

José Luis, su amigo principal de Miami, le preguntó: “Dime Marco, qué harás cuando termines este viaje? ¿Dónde vivirás? ¿Regresarás a Barcelona?

- La verdad es que todavía no lo sé...mis ideas han ido cambiando en las últimas semanas...pero no viviré en Barcelona, creo que me quedaré por aquí, por el Caribe...
- Si quieres instalarte en Miami, tienes todas las posibilidades, la comunidad portorriqueña local te dará todas las facilidades...
- Mira José Luis, con las novedades económicas que me están contando, que yo no imaginaba, estoy pensando en un proyecto que soñé toda la vida...ya te contaré, cuando lo tenga más organizado...pero primero quiero terminar mi viaje, cumplir mis objetivos, por ahora no pensaré en otra cosa, cuando finalice el viaje, decidiré.
- Bueno, vamos, hemos organizado una cena en tu honor, estaremos solo los amigos, y Delia. El Club Náutico ya guardó tu canoa en su depósito, puedes estar tranquilo...
- Sí, no tengo problemas, todo lo valioso para mí, está en esta mochila, y en este bolso llevo algo de ropa.
- Vamos, primero pasaremos por el hotel que te hemos reservado, allí puedes dejar tus cosas, darte una buena ducha, y descansar, yo te paso a buscar en unas tres horas, aquí se cena temprano, esto es Caribe.
- Gracias José Luis, gracias por todo...

En el hotel sabían quién era, lo recibieron con especial atención: Bienvenido, hemos dejado un vino blanco frío en su habitación, un presente de nuestro hotel...esperamos que se sienta bien, puede solicitar todo lo que necesite...

- Muchas gracias, lo que más necesito ahora, es una buena ducha...pero un trago de ese vino me vendrá muy bien, gracias.

Luego de la ducha, Marco se recostó mirando el techo de la habitación y pensando en todas las cosas que le estaban sucediendo. Se le mezclaron tristezas lejanas, con la imagen sonriente de Carmen, con satisfacciones del presente, con la cantidad de amigos viejos solidarios y amigos nuevos que nunca imaginó tener. Pensó con gratitud en su canoa, que era la artífice de su logro. La pensó viniendo desde Nueva Zelanda para ayudarlo a cumplir con su destino. Le alegró saber que estaría para siempre en un sitio de honor, se lo merece, pensó satisfecho.

No durmió, solo descansó su cuerpo y disfrutó sus pensamientos, dibujó planes, fue tomando forma su proyecto. Sí, ese sería su proyecto.

La cena con los amigos se realizó en un restaurante cercano. José Luis lo pasó a buscar al atardecer y fueron caminando.

Fue una reunión agradable, comieron exquisiteces del mar, tomaron abundante cerveza, Marco tuvo que contar anécdotas vividas durante la travesía.

¿Tuviste temor en algún momento? Le preguntaron. Sí, cuando viajaba desde Cuba hacia Williams Island, en Bahamas, viajaba en paralelo con una tormenta que parecía grande, y lo era. No tenía ningún refugio cercano, solo la esperanza de llegar a Bahamas antes de la tormenta, que por momentos se alejaba pero que luego veía que se acercaba. Por suerte llegué, allí conocí el Pueblo de Josué, un lugar encantador, detenido en el tiempo. Estuve allí pocos días, pero sentí que podía ser mi sitio...

La cena finalizó con un brindis con espumante. Como debe ser, dijo José Luis, por el éxito final... Todavía falta bastante, respondió Marco, lo que falta parece fácil, pero no lo es, tendré que navegar bastante sin ayuda del viento... Llegaré bastante flaco a la Estatua, dijo, riendo.. Te esperaremos con buenas cenas, como ésta, dijo Delia, allí ya no es Caribe, en Nueva York, tendrás platos internacionales..."chickens and french fries", agregó riendo.

Todos regresaron caminando, acompañando a Marco hasta el hotel. La mayoría regresaría a la mañana siguiente a Miami, Delia tenía un vuelo, a primera hora, a Nueva York. Debo trabajar, dijo, y se despidió con un abrazo a Marco y un te esperamos, suerte. Saludó a todos y tomó un taxi.

José Luis le dijo: yo me quedaré, mañana te acompañaré a la recepción del Club Náutico, me comprometí con ellos, así que vendré a desayunar contigo.

Todos decidieron tomar un café de despedida en el bar del hotel.

Capítulo 19

Cuando Marco por fin se acostó, se supo cansado. Había sido un día intenso. Lleno de gente y de expectativas. No estaba acostumbrado a ninguna de las dos cosas.

Pero sintió, mientras se adormecía, que lo acompañaba una gran satisfacción.

Despertó temprano a la mañana, pidió que le trajeran a la habitación un café mediano, amargo, y se dispuso a revisar los mensajes que le habían llegado a su teléfono satelital y a comenzar a organizar el resto de su viaje.

En el teléfono solo había saludos de Josué y de Pierre. Ambos habían visto en la TV una breve nota sobre su llegada a West Palm Beach en la cual el locutor decía que el Club Náutico le daría una suma interesante en premio por la futura donación de su canoa al Museo Náutico Nacional, donde quedaría en exhibición, y adelantaba la posible publicación de sus crónicas, fotos y filmaciones, en la National Geographic, por la cual recibiría también algún ingreso importante.

Te felicitamos Marco Polo, decían los mensajes, te deseamos una buena etapa final, y esperamos tu visita. Hasta pronto. Pierre transmitía también el saludo de Antonio, recibido por la radio.

Luego abrió su mapa general en la Tablet y comenzó a organizar su navegación y los puntos de abastecimiento, sobre la costa.

Decidió trazar etapas de viaje del orden de 400 km; los puntos de reabastecimiento podrían ser, en principio; St. Agustine; Charleston; Wilmington; Virginia Beach; Atlantic City; y finalmente la llegada a Nueva York.

El recorrido total –calculó - suma aproximadamente 2500 km.

El tramo más difícil será entre Jacksonville y Virginia Beach, ya que la dirección será hacia el Noreste, es decir, salvo cambios climáticos, no lo ayudará mucho el viento. Posiblemente en ese tramo, con mucho remo, deba incluir algunas paradas adicionales, para descansar.

Por la experiencia de navegación acumulada Marco calculó que el total del viaje le podrá llevar alrededor de tres meses, es decir, un promedio general de alrededor de 27 km/día.

El cálculo lo hacía suponiendo navegar un tiempo neto de diez a doce horas por día, y calculando paradas de abastecimiento de dos o tres días, en función del cansancio.

Si el viento ayuda, podré bajar los tiempos, pensó. Y cerró la tablet.

Cerca de las 11.00 llegó José Luis y le dijo, por el teléfono de la habitación:

- Buen día Marco, estoy en el bar del hotel, te espero, quedé con el Club Náutico que llegaremos a las 12.30.
- Buen día José Luis, enseguida bajo.

Pidieron un par de cervezas y Marco le contó todo lo que había organizado durante la mañana.

- Es duro el plan que te propones, ¿crees que podrás remar durante todas esas horas?
- La canoa es muy liviana y su diseño es excelente, de desplaza con mucha facilidad. La idea es llevar poca carga, solo las provisiones necesarias para cada etapa. A favor tengo que casi toda la costa es accesible. Puedo parar en cualquier lado para descansar, o si me acosa una tormenta. Con solo subir la canoa a la arena de una playa, el cobertizo puede cerrarse como una carpa. Eso me permite dormir tranquilo.
- De todos modos, debes cuidarte, parar en lugares seguros.
- Sí, eso lo consultaré con el Club Náutico, ellos deben tener referencias para darme.

Las instalaciones del Club Náutico de West Palm Beach son excelentes, pensó Marco, cuando los recibieron en la recepción.

Hicieron una recorrida por las instalaciones y luego llegaron al salón donde se realizaría el almuerzo.

Hemos invitado a treinta socios, la mayoría son latinos que viven en la región, todos son navegantes y tienen mucha curiosidad por conocerte, dijo el Capitán (presidente) del Club, un dominicano que hacía más de veinte años que vivía en el lugar.

En la cabecera de la mesa ubicaron a Marco, a su lado José Luis a la derecha y el Capitán a la izquierda.

Mientras los mozos servían un aperitivo el Capitán hizo una breve presentación formal de Marco, tal vez innecesaria, ya que la noticia de la llegada había corrido por los medios desde la noche anterior y en las noticias de la mañana. Luego, los invitados se fueron presentando y saludando a Marco y a su acompañante.

El Capitán dijo que la idea era, primero almorzar, y luego, en la sobremesa escuchar el relato de Marco y el plan de apoyo que le daría el Club.

De modo que los mozos comenzaron a tomar nota de las preferencias del segundo plato, que se podía optar por carnes, pescado, o vegetales. El primero era una entrada variada que cada cual podía servirse en un bufete lateral, en el cual había también varios tipos de ensalada.

La oferta del bufete era excelente, Marco, acompañado por el Capitán, se sirvió con mesura, ya que como segundo plato había optado por carnes horneadas, con vegetales.

Los mozos ofrecieron como bebida, vino blanco frío o cerveza.

A la hora de los postres se hizo el silencio para que Marco contara su objetivo y sus experiencias. Hizo un relato breve, sintetizando lo más importante, y dispuesto a responder preguntas. Las preguntas fueron muchas, las respuestas sinceras también. Fue creciendo en los presentes el deseo de colaborar. Cada uno sentía que en un lugar de sus recuerdos anidaba alguna frustración por no cumplir algún sueño abandonado. La aventura de Marco les sonaba como una reivindicación propia.

El clima de la reunión se convirtió en una apuesta solidaria.

Por último Marco explicó cómo sería su itinerario para llegar a Nueva York.

El Capitán del Club Náutico supo hablar en nombre de todos:

- Marco, queremos decirte varias cosas. La primera, por esta cena los invitados pagaron una generosa tarjeta que permitió juntar para apoyar tu viaje, veinte mil dólares. Nosotros sabemos que el dinero es necesario para que puedas alcanzar sin contratiempos tu objetivo. Te entrego también esta bandera de nuestro Club, que enarbolada en tu mástil te permitirá recibir apoyo de todos los clubes náuticos de los lugares que recorrerás. Todos ellos recibirán un mensaje nuestro solicitando su colaboración contigo. En todos esos destinos que mencionaste hay sedes de los clubes en las playas, te daremos las coordenadas para que con tu GPS las ubiques y puedas descansar tranquilo en sus instalaciones. Además, quiero decirte que ya hemos acordado con el Club Náutico central que tu canoa integre el Museo de embarcaciones famosas, recibirás por ello una importante donación, cuyo monto final lo conocerás cuando termines tu itinerario, porque durante el tiempo se irán acumulando los aportes. Por último, nuestra Sede te entrega esta medalla al mérito.

El Capitán le entregó a Marco la bandera, la medalla y un sobre con el dinero recaudado, y lo abrazó, bajo el estruendo de un sostenido aplauso.

Marco aguardó en silencio el final del homenaje, y dijo.

- Uds. me han emocionado. Quiero decirles que a lo largo de este viaje he recibido alegrías solidarias en todas partes. Nunca me sentí un navegante solitario, por el contrario, a medida que avanzo siento a una multitud de amigos que me acompaña. Quiero agradecerles todo este apoyo y cariño que me entregan, y decirles que el futuro me mantendrá cerca de Uds., mi universo será el Caribe, de tanto en tanto seguramente los visitaré, claro, no siempre en una canoa (risas y aplausos), pero vendré y trataré, como Uds. de colaborar con todos aquellos que se le sean fieles a la vida, que no deja nunca de ser una aventura. Muchas, muchas, gracias.

El almuerzo homenaje concluyó con charlas informales de Marco y José Luis con grupos de presentes. Marco comunicó que partiría en un par de días, ni bien termine el mantenimiento de la canoa y la carga de las provisiones.

Mientras regresaban al hotel, José Luis le dijo: esta noche nos reuniremos con el corresponsal de la National Geographic, para tratar el acuerdo de la publicación de tus crónicas. Eso será a las 20.00 hs. en el bar de tu hotel. Hasta entonces puedes sentirte libre.

- Libre y rico, José Luis, gracias a Uds.
- No es para tanto, estas cosas, por aquí, no suceden siempre.

Capítulo 20

La reunión con el representante de la National Geographic fue breve y concreta. Simplemente firmaron un compromiso de prioridad que Marco le otorgaba para la publicación; la National evaluaría la crónica, cuando Marco la entregara, en un plazo no mayor de treinta días de su arribo a Nueva York y entonces establecería el precio que pagaría por ella. De no haber acuerdo Marco quedaría libre para ofrecer su trabajo a otros medios. A Marco le pareció correcto el acuerdo, firmaron dos copias, se saludaron cordialmente y el representante se retiró.

- Tienes bastante trabajo – dijo José Luis - , yo me despido, debo ir esta misma noche a Miami porque mañana, a primera hora, tengo reuniones. De modo que si no queda nada por resolver, te saludo y me marcho.
- Todo está bien José Luis, la verdad no sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo...
- Primero, tú te lo mereces, segundo: no es tanto lo que hago.

Marco le dio un afectuoso abrazo y José Luis partió. El mozo le preguntó si deseaba comer algo. Marco dijo si: quiero un plato de rabas rebozadas, al ajillo, y una cerveza bien fría. Finalizada su breve cena, Marco fue a su cuarto. Tenía que organizar todo lo necesario para poder partir en dos días.

Los dos días siguientes fueron de preparativos. No olvidó depositar en su cuenta el dinero que le habían entregado, desde ahora, por las costas norteamericanas todo se podría pagar con tarjeta, de modo que solo dejó una pequeña parte en efectivo.

Un día casi completo dedicó a su canoa, ayudado por los técnicos del Club Náutico. La navegación que faltaba realizar no sería simple: el viento más favorable lo tendría a 30°, a favor, y un trecho no menor, entre Charleston y Virginia Beach pensó que debería bajar vela y avanzar a remo, con un viento cruzado a 45° de frente, y con posibilidades de tormentas y chubascos. Así lo anunciaba el parte climático extendido.

El Club Náutico le regaló dos capas de plástico liviano, con capucha, tipo descartables, con las cuales podría protegerse de la lluvia. Muy cómodos – pensó – para poder remar.

Revisó un listado de playas accesibles, sin arrecifes peligrosos en las cuales guarecerse frente a tormentas u oleajes intensos, marcando su posición en el GPS del satelital.

Por último, el día antes de partir hizo las compras de aprovisionamiento necesarias.

La Guardia le comunicó que nuevamente lo remolcarían con una lancha hasta mar abierto, para evitarle inconvenientes con naves mayores que transitan por las cercanías.

La noche previa a la partida tuvo una cena liviana en el Club Náutico, con las autoridades, a las cuales prometió visitar cuando finalizara su viaje. El Capitán le dijo: ¿Sabes Marco, que cerca de Miami hay un gran depósito en el cual venden barcos usados, en muy buen estado, reparados, y a muy buen precio?

Esa sí que es una buena, respondió Marco.

A la mañana siguiente, temprano, como era su costumbre, con pocos presentes, decidió partir. Obviamente estaba presente el canal de televisión que seguía su aventura, con el cual realizó una última entrevista. Luego se despidió de todos los presentes, echó al agua su canoa y partió, hacia el norte, por el canal, rumbo al cuartel de la Guardia, donde lo esperaba la lancha de remolque, tripulada por los dos mismos dominicanos que lo habían conducido cuando vino. Marco se sorprendió al verlos, pero ellos le aclararon que lo habían solicitado, y se los habían concedido.

La lancha lo remolcó hasta dejarlo a quinientos metros de la costa. Lo despidieron con un saludo: “Buena suerte, compañero”.

Marco levantó la vela, que comenzó a empujar suavemente la canoa hacia el norte.

Hacia su destino.

Capítulo 21

Los primeros días de navegación fueron muy tranquilos y fáciles. Una brisa suave, con bajo oleaje, le permitió navegar con pura vela hasta St. Augustine, en cuyo puerto pesquero pernoctó y se reaprovisionó. El trecho lo cubrió en cuatro días, un promedio fantástico. Lógicamente, navegando a vela, con viento a favor, la canoa se desplazaba muy rápido.

Tomando en cuenta las doce horas diarias de navegación, pudo calcular la velocidad promedio: 10 km/hora. Si todo el viaje fuera así sería una maravilla.

Descansó sólo dos días en St, Agustine, se aprovisionó y partió. Quería adelantarse porque el pronóstico anunciaba tormentas entre Charleston (su próxima parada) y Wilmington de Carolina del Norte (la siguiente).

El viento continuaba favorable, aunque la intensidad de brisa era menor, y su dirección comenzaba a rotar hacia un ángulo menos favorable.

La costa se veía muy poblada, de modo que en las tres noches siguientes, se acercó a las playas para descansar y dormir tranquilo. Quería llegar a Charleston antes que llegara allí la tormenta pronosticada, que no parecía ser muy intensa pero que seguramente complicaría el uso de la vela y además tener que soportar un mayor oleaje.

La distancia a recorrer era de aproximadamente 400 kilómetros, si lograba mantener la velocidad promedio llegaría a Charleston en tres días y medio.

En el último tercio de ese tramo la brisa prácticamente desapareció, señal de cambio de clima que precede a las tormentas.

Sin embargo la brisa favorable soplabla en las noches, de modo que decidió seguir viajando hasta medianoche, para prolongar el uso de la vela. Durante el día tuvo que ayudarse con el remo, de a poco, para evitar esfuerzos inusuales y calambres. Recordó que en el último mes prácticamente no había remado.

Tardó cuatro días en llegar a Charleston. Ubicó la playa y el club que le había indicado el Capitán del Club Náutico, en la zona costera, llamada Folly Beach, y decidió alquilar una cabaña para descansar cuatro días, mientras dejaba pasar la tormenta que se avecinaba.

Pudo guarecer la canoa en un tinglado abierto pero seguro, ya que tenía vigilancia durante todo el tiempo. De hecho, alrededor de un pequeño muelle se encontraban anclados varios yates pequeños y un par de cruceros medianos, que le hicieron pensar que también habían decidido respetar al clima.

El responsable de la sede local lo recibió con beneplácito. Le informó que le habían anticipado su llegada desde West Palm Beach, y que la cabaña se la alquilaba a mitad de precio, por ser socio honorable de aquel Club. Esa es la tarifa para socios le dijo el responsable, que por casualidad tenía el mismo nombre que el cubano: Antonio. Y una segunda casualidad, era portorriqueño, como él.

La cabaña era muy confortable y el club tenía un restaurante que Antonio se lo recomendó porque era muy bueno, y como socio, tendría un importante descuento en el consumo.

Vengo con suerte, pensó Marco, y agradeció las atenciones.

Esa noche decidió cenar temprano. Pidió “pollo a la canasta”, que figuraba en la carta, acompañado por cerveza.

En el Caribe, el pollo a la canasta, está hecho con partes de pollo, rebozadas y fritas, las colocan en una canastilla junto con papas y yucas, también fritas. Una exquisitez.

Luego de la cena se fue a la cabaña y se comunicó con Pierre quién le contó que lo había visitado Josué y que hablaron del famoso Marco Polo, que era recibido con honores por los navegantes norteamericanos, y que pronto tendría dinero suficiente para concretar un buen proyecto. Pierre le dijo que Josué está convencido que cuando termine la aventura, Marco seguramente se instalará en Bahamas. Que Alex y sus amigos ya dejaron perfecto el terreno

que le ofrecerán para que haga su cabaña. Pero, dijo Pierre, en una de esas se decide por Port Royal, donde será muy bien recibido. Hicieron una apuesta.

Marco sonrió al escuchar el mensaje de Pierre y le contestó: en una de esas me instalo en ambos lados, ya les contaré mis planes y proyectos. En tal caso, gana la banca, dijo riendo.

Al amanecer llegó la tormenta a la costa. Un fuerte viento del Este y una tupida y prolongada lluvia. Marco decidió quedarse un largo rato en la cama, mirando las noticias en el televisor. Se sorprendió cuando vio su rostro frente a un reportero que lo interrogaba antes de su salida de West Palm Beach. Un periodista local informaba que Marco Polo ya había arribado a Charleston, y que estaba ubicado en Folly Beach.

Caramba, soy noticia, se dijo. Un rato después se levantó y fue al bar a tomarse su café mañanero.

Mientras tomaba su café vio llegar a Antonio que se acercó, se sentó frente a él y comenzaron a charlar.

- Dime Antonio, ¿Cuánto tiempo llevas en el continente? – preguntó Marco.
- Un poco más de veinte años, creo que veintidós.
- ¿Y cuál fue la razón para dejar borinquen?
- Pobreza hermano, necesidad de tener un buen trabajo, aquí, de hecho lo tengo. Primero trabajé de ayudante en este bar, con el tiempo fui progresando. Cuando se fundó el Club me nombraron encargado, ahora mi cargo es gerente general, y gano bien.
- ¿Tienes familia?
- Sí, mi esposa, también portorriqueña, éramos novios allá, cuando me establecí aquí, vino y nos casamos, tenemos dos hijos, estudian y trabajan en Charleston.
- Qué bueno, ¿Viven por aquí?
- No, tenemos nuestra casa en la ciudad, allí vivimos los cuatro, el club tiene una pequeña sede social en la ciudad, a veces debo estar allá y tres o cuatro días a la semana estoy aquí, el club me dio un apartamento donde tengo comodidades para toda la familia. Este lugar es muy lindo. Y la vida es bastante tranquila.
- ¿Es grande la ciudad de Charleston?
- No, es pequeña, aproximadamente sesenta mil habitantes. Es un buen lugar para vivir, los muchachos van en bicicleta a sus cursos, en la universidad, ambos son varones, estudian carreras técnicas terciarias, relacionadas con el mar.
- Me alegra Antonio, se te ve muy bien.
- Sí, todos estamos bien aquí. Mira Marco, yo conozco muy bien toda la costa hasta Virginia, la he recorrido muchas veces guiando cruceros que organiza el club. Cuando tú quieras conversamos y te doy detalles que te ayudarán mucho en esta parte de tu viaje, que es el tramo más difícil.
- Gracias Antonio, me vendrá muy bien. Es un tramo en el cual debo remar mucho y necesitare descansar bien en las noches. Solo necesito playas tranquilas y seguras, generalmente duermo en la canoa, en la popa tengo como una carpa y una colchoneta muy cómoda.
- No te preocupes, te indicaré lugares en los cuales dispondrás de instalaciones para tu comodidad, nuestro club tiene cabañas en tres playas del norte, en todas puedes ubicarte, si lo necesitas, a mitad de precio... Toma, este carnet te acredita como socio honorario.
- Excelente Antonio, si estás de acuerdo, esta noche, o mañana, cuando tú prefieras nos reunimos y me explicas.

- Esta noche debo estar en casa, es el cumpleaños de mi esposa, pero si quieres, mañana a la mañana, en este horario, conversamos.
- Perfecto Antonio, gracias.

Capítulo 22

Tal como lo habían acordado, a la mañana siguiente Marco se encontró, a la hora del desayuno, con Antonio, quién, en su cara mostraba los residuos de una noche de festejo.

- Sí, nos reunimos con varios amigos para festejar el cumpleaños de mi esposa, comimos abundante y completamos con algunas rondas de ron, apenas rebajado con agua tónica y hielo. Pero me siento muy bien.
- Buen trago ése, es saludable.
- Y tú, ¿Cómo andas Marco?
- Bien, y ansioso por escuchar tus explicaciones, a medida que se acerca el final del viaje, mi ansiedad crece.
- Bien, lo primero que te digo es que poco antes de llegar a Wilmington, luego de pasar Southport, encontraras un excelente lugar llamado Carolina Beach, allí nuestro club tiene una sede importante, con buenas instalaciones, allí podrás descansar unos días antes de iniciar el difícil tramo hasta Virginia, que no solo será largo sino que no te favorecerá el viento. Desde aquí a Carolina Beach tienes que navegar aproximadamente 300 km, y en este tramo hay dos sedes nuestras: Pawleys Island y North Myrtie Beach, en las cuales puedes hacer paradas para descansar.
- Perfecto, estuve viendo los pronósticos del clima, todo indica que en ese tramo tendré viento del Este, es decir a 45° en contra. Me convendrá bajar la vela y avanzar a puro remo, así que serán importantes esos sitios de descanso, y poder comer bien, comida caliente. Por suerte el clima será bastante templado, más cálido que frío. Pero parece que tendré algunas tormentas con lluvia.
- Yo te aconsejo que trates de llegar a esos sitios que te indiqué y que no duermas en las playas, a la intemperie, las lluvias en esta época suelen ser intensas. De todos modos a lo largo de esa costa casi no tienes arrecifes, de modo que puedes llegar a cualquier costa sin muchos problemas. Antes de llegar a North Myrtie Beach se encuentra Myrtie Beach, es un lugar más grande, pero allí no tenemos sede propia, sin embargo de ser necesario puedes ir allí y si presentas el carnet te atenderán muy bien, solo que no te harán descuento.
- Muy bien Antonio, ahora cargaré en mi Tablet todos los datos y las ubicaciones en el GPS del satelital, me has tranquilizado con toda esta información.
- Bueno Marco, quiero invitarte esta noche a cenar en nuestra casa, mi familia quiere conocerte, si estás de acuerdo te paso a buscar a eso de las siete de la tarde.
- Me parece excelente Antonio, muchas gracias, cenaremos esta noche a modo de despedida, mañana me dedicaré a aprovisionarme y pasado mañana partiré. Hoy me dedicaré a revisar la canoa y ajustar detalles.
- De acuerdo, te paso a buscar esta tarde, ahora debo trabajar, yo también.

La cena en la casa de Antonio fue muy agradable, pensó Marco cuando pasadas las once de la noche regresó al hotel del club.

La esposa de Antonio una borincana típica, aunque dijo que su padre era español. Ella heredó la estirpe caribeña, suave y sonriente siempre. Tolerante. Marco la saludó con un feliz cumpleaños, un día tardío, pero vale, le dijo, y le entregó un ramito de claveles rojos y blancos, como la bandera de Puerto Rico. No conseguí claveles azules, le dijo riendo. Muchas gracias, es Ud. muy amable, respondió ella, con su infaltable sonrisa.

Fue una agradable y exquisita cena. Los hijos de Antonio estuvieron solo un rato porque dijeron que tenían que estudiar. Antes de retirarse escucharon un poco su relato y le desearon feliz término del viaje.

La esposa de Antonio, Leticia, quiso saber todo. Cuénteme de esa promesa, Marco, dijo, curiosa. Marco sin reparos le contó su historia de amor con Carmen y el deseo incumplido de ella de conocer la Estatua de la Libertad, y su promesa, también incumplida de llevarla a conocerla algún día. En ese entonces yo me sentía navegante – dijo Marco -, había comprado un pequeño barquito, pero a Carmen no le gustaba navegar, salvo a lugares cercanos y con poco oleaje en el mar. El balanceo la mareaba. Aquella vez navegué solo a recorrer el Nilo. Estuve quince días viajando, en ese lapso ella tuvo el accidente en el cual perdió la vida, y yo la perdí a ella. Muchas veces, ahora, en medio del mar me suelo adormecer y cuando despierto creo verla a ella, allí, sentada frente a mí, sonriendo, y quejándose del oleaje. Le juro, Leticia, que la veo.

- Le creo, le creo, Marco, dijo Leticia. Nosotros con Antonio, perdimos una hija a poco de nacer. Muchas noches yo sueño con ella, que ha crecido, como que estuviera ahora, tendría 22 años, la veo aquí conmigo. Muchas veces, cuando despierto, la imagen perdura, es muy extraño. Pero mi padre, que era marinero, contaba que en el mar suceden siempre esos misterios, y que en los barcos pescadores suelen viajar juntos los vivos con sus compañeros muertos....

Esto es el caribe, pensó Marco, ya regresado al hotel, antes de dormirse, recordando las palabras de Leticia. Es que en el caribe no hay invierno ni verano, el tiempo y la vida transcurren con tal continuidad que ni la muerte parece suceder. Muchas historias cuentan las abuelas a sus nietos y ellos las conservan en su mente con imágenes imprecisas de abuelos o tíos que nunca conocieron en la vida, pero sus recuerdos se incorporaron gracias a aquellas historias de las abuelas.

Marco, antes de dormirse por completo, recordó a su abuela materna, tejiendo redes de pesca en una playa de borinquen, luego vino la imagen de su madre, y su rostro se fue transformando en el de Carmen. El recuerdo, poco a poco se fue convirtiendo en un sueño que lo extravió en el tiempo.

Pasaron los dos últimos días en Folly Beach. Completó sus compras en Charleston, llevado por Antonio, quién quiso que conociera a la ciudad. Se despidió de este nuevo amigo, y se aprestó a partir. Quería llegar a Pawleys Island antes que llegara una anunciada tormenta. Le alcanzarían dos días completos para llegar.

A la mañana siguiente, ayudado por asistentes del club, y ante la mirada cálida de Antonio, echo la canoa al agua. Le dio un fuerte abrazo a Antonio, le dijo un hasta pronto, saludó a todos, y con remada firme, se alejó de la costa, rumbo al Norte.

Capítulo 23

Alejado apenas cien metros de Folly Beach, supo que a partir de ahora debía concentrarse en su viaje.

La travesía que tenía por delante le exigiría mucho remo. Ya no podría disfrutar de ver como la brisa se encargaba de empujar a la vela y ésta a la canoa mientras él se encargaba tan solo de sujetar el timón para generar la palanca necesaria, entre el movimiento relativo del agua y del aire.

Marco disfrutaba de la navegación, incluso ahora, que debía impulsarse a puro remo.

Hacía buen tiempo que no remaba, de modo que sabiamente decidió comenzar despacio, para evitar esos molestos calambres que cuesta tanto superar.

Tal como los pronósticos habían anunciado, el viento venía del Este. Un viento cruzado a 45° en contra de su rumbo. En realidad, con bajo rendimiento, podía todavía utilizar la vela, zigzagueando, pero dada la geometría de la canoa, su baja fricción con el agua, era preferible utilizar – con calma – el remo.

El flotador lateral de la canoa estaba del lado de donde venía el viento. Eso le permitía remar desde un solo lado, el opuesto, lo cual no dejaba de ser una comodidad.

El oleaje era bajo, apenas golpeteaba en la proa. El ritmo parejo del golpeteo le indicaba que avanzaba a buena velocidad. Ya la playa había quedado atrás, los edificios se veían pequeños.

Hacia el Este, lejanas, se veían nubes, posiblemente formaban parte del frente de tormenta que habían anunciado, pero estaban todavía muy lejos.

Pasadas tres horas de la partida decidió hacer un descanso; mirar los instrumentos, y comer algo.

Comprobó que en tres horas había recorrido casi 23 km; una buena velocidad lograda, pese al viento. Posiblemente me favorezca la corriente marina, pensó, mientras comía galletas con jamón, un huevo duro, y una banana, para combatir los calambres.

Marco calculó con precisión que al finalizar la tarde habría recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Pawleys Island, la sede del club que le recomendaba Antonio, de modo que buscó en su mapa una costa tranquila para hacer noche.

Ubicó una costa apropiada en los islotes a la altura de Mc Clellanville, que no lo desviaba de su ruta. Decidió que allí pasaría la noche.

Calculó que si el buen clima lo acompañaba, al atardecer del día siguiente podía alcanzar Pawleys Island, alojarse en la residencia del club y descansar un par de días, de modo que sus músculos se acomodaran al intenso ejercicio del remo, se sentía algo desacostumbrado, Seguramente en los días siguientes sus brazos estarían mejor entrenados.

Estableció las coordenadas y continuó viaje. Las nubes aún se veían bien lejanas.

Como a las seis de la tarde, habiendo recorrido 72 km divisó la costa elegida y enderezó hacia ella la canoa. Se veía de lejos una playa desolada, pero a medida que se acercaba divisó tres carpas y una bandera de colores clavada en la arena.

Cuando llegó a la arena lo esperaban tres parejas hippies que le preguntaron si era un vikingo, y qué andaba haciendo, navegando solo en esas soledades.

Les contó brevemente su historia, y los motivos de su viaje. Los hippies quedaron encantados y lo invitaron a cenar con ellos. Le dijeron que tenían un buen pescado, una rica ensalada y frutas tropicales que juntaban en la isla. Por supuesto, aceptó.

Acomodó la canoa en un sitio seguro para pasar la noche, y se unió a la charla amena del grupo. Todos eran muy simpáticos, amantes de la vida natural.

- ¿Cómo llegaron hasta aquí? Les preguntó Marco.
- Nos trajo una lancha que nos pasará a buscar la próxima semana, dentro de seis días. Ya estuvimos aquí un par de veces, esta isla tiene una vertiente de agua dulce, deliciosa, y muchos frutales salvajes. No la habita nadie.

Las chicas hippies se encantaron con su historia romántica, ya no quedan hombres así, dijo una, malhumorando al grupo masculino. Pero todos terminaron riendo y aceptando esa verdad.

La cena fue realmente deliciosa. El pescado asado y aromado con hierbas del lugar, acompañado con una ensalada de tomates salvajes de la isla y mangas carnosas y agridulces. Marco aportó cuatro cervezas frías que le quedaban y todos brindaron por el final feliz a celebrarse en La Estatua de la Libertad.

- La Libertad es femenina, dijo Nora, se desnudó y se fue a dar un baño en el mar, que estaba entre templado y tibio.

El grupo se quedó alrededor del fuego, con una guitarra, cantando viejas baladas, pero Marco se despidió diciendo que debía descansar porque partiría temprano hacia Pawleys Island, de modo de tratar de llegar antes que la tormenta que se avecinaba.

El amanecer le trajo suerte, el viento había virado un poco su dirección a su favor, lo tenía prácticamente de costado, de modo que podría utilizar la vela.

Pero, por otra parte, la nueva dirección del viento indicaba que se acercaría la tormenta, cuyos cúmulos se veían todavía lejos, en el horizonte, pero elevados.

Apenas amanecía cuando decidió hacerse su café mañanero antes de partir.

El grupo hippie dormía en sus carpas, de modo que les dejó un mensaje, agradeciéndoles la cena y luego empujó su canoa al agua y remó raudamente para alejarse de la orilla antes de abrir la vela, la cual de inmediato se infló y comenzó a empujar a la canoa.

“Esto es otra cosa”, pensó Marco, ojalá dure esta brisa.

A mitad de la mañana constató que ya había recorrido la mitad de la distancia, pero la brisa comenzaba a cambiar de dirección y supo que tenía que volver al remo. De modo que aprovechó la poca brisa que quedaba para comer algo, y luego bajó la vela y tomó con resignación el remo.

Cuando se acerca una tormenta, lo primero que se percibe es que el mar cambia de color, es un efecto óptico que produce el oleaje cuando aumenta la frecuencia de las olas.

El color del agua tornó hacia un gris verdoso. Marco supo que tendría viento y lluvia, aunque los datos meteorológicos no eran preocupantes.

Antes de que comenzaran a caer las primeras gotas ya se había colocado uno de los dos cobertores transparentes que le había obsequiado Antonio en Folly Beach. “Esto es muy bueno”, pensó, ajustando la capucha alrededor de su rostro, cubriéndose los ojos con las antiparras, para evitar las salpicaduras de agua salada.

Algunos relámpagos y truenos comenzaron y el oleaje aumentó, pero no era para preocuparse demasiado, el cielo permanecía bastante claro y todo indicaba que la tormenta no duraría demasiado.

Sin embargo, en medio del mar, con una tormenta descargando, es motivo suficiente para sentir el peso de la soledad y la fragilidad. De modo que decidió cantar, con voz fuerte, como hacían los vikingos en esas circunstancias – recordó - y eso le hizo bien. El canto y el remo llevaban el mismo ritmo.

Así pasó las dos horas siguientes, al cabo de las cuales vio abrirse el cielo y asomarse el sol. El mar, ya más calmo, recuperó el verdor. Algunas aves blancas volaban a su alrededor. “Después de una tormenta, el mar es muy hermoso”. Pensó con alegría, quitándose el cobertor plástico, agradecido por sentir, debajo, su ropa seca.

El GPS le indicaba que en dos horas estaría en la playa destino. De modo que recuperó un ritmo tranquilo con el remo y mantuvo el rumbo paralelo, a cuatrocientos metros de la costa.

A las seis de la tarde divisó las instalaciones del club, y enfiló hacia allí. Un playero salió a recibirlo, diciéndole:

- Bienvenido, lo estábamos esperando, nos avisó Antonio que llegaría esta tarde, nos preocupaba la tormenta, ¿Cómo la pasó?
- Muy bien, sin problemas, remando y cantando, como los vikingos...
- Me alegro, lo ayudo a subir la canoa, allí tenemos un tinglado para protegerla, y no se preocupe, allí tenemos guardia permanente, puede dejar lo que quiera aquí...
- Gracias, solo bajaré mis cosas personales, esta mochila.
- Siga por ese sendero, a cien metros encontrará la Recepción, allí lo esperan.

Capítulo 24

Las instalaciones del club en Pawleys Island no eran grandes, pero sí agradables.

En la recepción le dieron a elegir entre una habitación o una cabaña, al mismo costo, y a mitad de precio, por ser socio y estar en temporada baja.

- Gracias, prefiero la cabaña, me quedaré solo dos días, a lo sumo tres, en función del clima. ¿A qué hora se puede cenar?
- A partir de las 20.00 pm estará abierto el restaurante, el bar, donde también puede comer algo está abierto todo el día, desde las 6.00 am hasta las 24.00 pm; también tenemos servicio de bar para llevarle a la cabaña, en todo ese horario.

- Muchas gracias, pero hoy me he ganado el restaurante.

Marco se fue a la cabaña, eran las siete, decidió darse una ducha, descansar, hacer algunas llamadas e ir a cenar a las nueve.

Habló con Josué, que ya le habían instalado un nuevo teléfono, según un mensaje que encontró en su satelital.

- ¡Qué alegría Josué, como están por allí!
- Nosotros muy bien, y tú, ¿Por dónde andas?

Marco le contó rápidamente las últimas novedades; dónde se encontraba y como imaginaba la etapa final. Josué le contó como progresaban sus instalaciones. Gracias a un crédito que le habían otorgado estaba construyendo seis nuevas cabañas y una piscina. Estaba decidido a crear un centro turístico.

- Se llamará El Rincón de Josué, para competirle a Pierre. Así que te esperamos, aquí tendrás mucho trabajo. Decídete, serás feliz aquí. Los chicos te contagiarán su juventud.

Luego Marco llamó a Pierre, quien se alegró de saberlo bien.

- Ese lugar es muy bello, Marco, yo anduve por allí.
- Si, recién llego, la playa es muy bonita y todo está muy prolijo. Recién hablé con Josué.
- ¿Te ha contado su proyecto? A mí me parece excelente, podremos organizar una troupe para pequeños grupos que se alojen unos días aquí y otros allá, lo estamos estudiando. Y te tenemos en cuenta.
- Gracias, gracias, cuando termine mi viaje decidiré que haré con mi existencia, pero te aseguro que me atraen esas propuestas. Ya veremos. Por ahora debo seguir remando, el viento no me juega a favor en esta etapa.
- El remo te mantendrá joven, no te quejes.
- Te mando un abrazo Pierre.
- Suerte Marco, cuidate.

Las conversaciones le hicieron sentir muy bien, así que decidió ir primero al bar a tomar un aperitivo y luego decidir dónde comer, si en el propio bar o en el restaurante.

En el bar había poca gente, pidió un Martini y le solicitó al mesonero las dos cartas, la del propio bar y la del restaurante.

En la carta del bar había cosas simples, como sandwiches, hamburguesas, pizzas, tortillas, platitos de mariscos, rabas gratinadas y cosas de ese estilo.

La carta del restaurante era más tentadora. Ofrecía varios platos buenos de carnes o pescado, también varios tipos de pastas italianas, y un bufete de ensaladas excelente.

Así que, repitió el Martini, y luego se fue hacia el restaurante.

Solicitó carne de res al horno, con papas doradas, y se sirvió una entrada variada y una ensalada verde en el bufete. Acompañó la cena con una copa de vino blanco seco.

Los dos Martinis, la buena cena, y las dos copas de vino, tuvieron sus benéficos efectos, se fue a dormir a la cabaña y ni siquiera soñó con el remo.

A la mañana siguiente se levantó temprano, pidió que le trajeran su habitual café amargo, salió a caminar un poco por el jardín y se acercó al tinglado a ver como estaba su canoa.

Todo en orden, perfecto. Hoy me dedicaré a descansar. Y veré como vienen los pronósticos del clima. Mañana compraré las provisiones que me harán falta en función del plan de viaje y pasado trataré de partir, si el clima lo permite.

Por la tarde habló con la amiga de Carmen, Delia, la que vivía en Nueva York, para saludarla y para conocer cómo estaban las cosas por allá. Muy bien, le respondió ella, creo que tenemos todo organizado. Todas las semanas publicamos un corto que dice por dónde andas. A veces, cuando no tenemos noticias, lo inventamos. Con eso mantenemos la atención y la recaudación.

- ¿Cuánto tiempo crees que te falta para llegar?
- Calculo que un poco más de un mes y medio, esta parte del mar es complicada: viento en contra, oleaje, algunas tormentas que me obligan a refugiarme en costas no previstas, etc.
- Bueno, ven tranquilo y cuídate, todo anda muy bien. ¿Cómo te fue con la National Geographic?
- Creo que muy bien, no tengo nuevas, pero el acuerdo sigue en pie.
- ¿Y con el Museo Náutico que quieren la canoa?
- Perfecto. Me dijeron que para establecer el pago hacen una inscripción de espónsores, creen que la recompensa no bajará de ochenta mil, una barbaridad...
- Me alegro, eso te vendrá muy bien...¿Dónde exhibirán la canoa?
- Me dijeron que el museo es itinerante, la llevarán por diferentes lugares náuticos, donde tienen sedes. Debo escribir un texto que cuente su historia.
- Bueno Marco, te dejo, debo salir de compras. Te mandamos un beso.
- Gracias Delia, hasta pronto.

Tal como estaba planeado, a la mañana siguiente, bien temprano, partió rumbo a Carolina Beach. Debía recorrer un tramo de quinientos kilómetros, en un mar difícil, por el viento y por el oleaje. Seguramente tendría que detenerse varias veces más de lo pensado. El clima no venía bien, aunque tampoco era de lo peor.

Capítulo 25

La travesía entre Pawleys Island y Carolina Beach, cercana a Wilmington, fue la más dura del viaje. Con viento desfavorable, oleaje, y algunas lluvias, castigaron a Marco durante doce días. Tuvo que realizar varias paradas para descansar y protegerse de las lluvias.

La parada principal, la cual duró tres días, la hizo en North Myrtie Beach, donde había una sede importante del club en la cual nuevamente lo atendieron muy bien, pudo descansar, recuperarse y reabastecerse.

Ese descanso le vino muy bien, porque el esfuerzo con el remo debió sostenerlo hasta superar Southport, donde por fin cambió la dirección del viaje y pudo aprovechar

nuevamente el viento, ahora orientado hacia el norte, que era su rumbo hasta alcanzar la siguiente sede, ubicada en Carolina Beach.

En este lugar encontró también otra sede importante del club, en la cual permaneció cuatro días, hasta que se le curaron las ampollas en las manos provocadas por el remo de las últimas jornadas. Este último trayecto había sido verdaderamente duro, y cuando por fin pudo levantar la vela y ser arrastrado por el viento, pensó que era un milagro.

Le quedaban tres etapas a su viaje, la primera hasta Virginia Beach, un tramo de aproximadamente 500 km, dividido en dos trechos de diferente situación; el primero nuevamente en dirección contraria a un viento cruzado, hasta la siguiente sede del club, ubicada en Emerald Isle. Luego un tramo de aproximadamente 120 km que requirió un nuevo esfuerzo. Luego un tramo más duro aún, directamente hacia el Este, de aproximadamente 40 km. hasta superar Morehead City. Un poco más adelante su rumbo volvió a cambiar hacia el Norte y su avance pasó a ser favorecido por el viento. A esta altura, desplegar la vela resultó una bendición.

A partir de allí debía recorrer un tramo de aproximadamente 100 km hasta alcanzar una playa de la isla Ocraloke luego de la cual tomaría un mar interno y ya su viaje se orientaría siempre hacia el Norte, hasta alcanzar Virginia Beach, previa parada estratégica en un sitio llamado Manteo, en el cual descansaría y se aprovisionaría en un pequeño puerto, allí existente.

Viajar por mar interno, es decir por detrás de las colonias de cayos islas y arrecifes es más placentero, -pensó Marco- mientras comprobaba lo que había imaginado: la etapa final de su desafío sería, por lejos, la más dura.

Sin embargo, con menor el oleaje, más estable el viento, y con puntos de parada cercanos, podía ir regulando el esfuerzo y la energía residual, que a esta altura ya no era mucha.

Superado Ocraloke la cosa fue diferente, nuevamente Marco pudo disfrutar la navegación con su fiel canoa que seguramente también estaba agradecida por el final del viento en proa y el golpeteo incesante de las olas.

Entre Ocraloke y Manteo hay una sucesión de islas, todas tradicionales y turísticas, entre las que pueden citarse: Hatteras; Erisco; Buxton; Avon; Salvo; Waves, Rodanthe; Wanchese, y finalmente Roanoke.

La parada en Manteo, ubicada en la isla Roanoke, donde se quedó dos días fue muy placentera.

Antes hizo varias paradas cortas en algunas islas, que lo fueron reconfortando porque el clima era estupendo y las playas excelentes.

Luego, hacia el norte de Manteo otra serie de islas similares a las anteriores que forman el grupo llamado Northern Beaches, entre las que se encuentra Corolla, su última parada antes de llegar a Virginia Beach donde se ubica la última sede del club.

Allí, en Virginia Beach descansó 5 días.

Se comunicó con todos sus amigos para avanzar en la planificación de la llegada a su objetivo final: la Estatua de la Libertad, aunque todavía faltaba navegar 700 km, pero, con la ventaja decisiva de poder aprovechar el viento, y disponer de costas pobladas en las cuales refugiarse frente a temporales o tormentas.

Marcó comenzó a sentir una enorme ansiedad por culminar su desafío y cumplir con su promesa. A medida que avanzaba y se acercaba a Nueva York la imagen recordada de Carmen se hacía más frecuente. Aparecía en todos los sueños, como acompañándolo, como diciéndole, rema, sigue, levanta la vela que viene la brisa favorable, cuidado con ese arrecife, mira, mira que hermosa playa...

La Ciudad Virginia Beach está pegada al mar, al Océano Atlántico. Una ciudad costera cubriendo una amplia bahía. Posee un paseo marítimo de aproximadamente tres millas de agradables playas. El parque estatal First Landing, en plena bahía, frente a la playa, con marismas, bosques y senderos, es el símbolo de la llegada, en 1607 de los colonos ingleses procedentes de Jamestown. En la costa se ubican también el Acuario y el Centro de Ciencias Marinas de Virginia.

Mientras descansaba del viaje Marco visitó esos lugares y su descripción incorporó al relato que estaba preparando para la nota de National Geographic.

En el restaurante del club preguntó cuáles eran los platos típicos o destacados del lugar. El encargado le enumeró: 1) Las ostras de Lynnhaven, codiciadas por la aristocracia inglesa por su tamaño y salinidad. Es sin duda, el plato favorito. 2) La sopa de cangrejo. 3) Los aplastamientos de naranja. 4) El cangrejo de caparazón blando. 5) Las bayas de pungo, frescas.

Marco preguntó que era el “aplastamiento de naranja”. Puede ser varias cosas, le dijeron. En principio es jugo natural de naranja que incluye el zumo; pero su formato más natural es un cóctel que se prepara con ese jugo al que se agrega vodka triple sec y soda de lima limón. Todo el mundo lo consume, preferentemente en temporada de verano.

Finalizados sus días de descanso, Marco echó al agua la canoa y volvió al mar, rumbo a Atlantic City. Debía recorrer el penúltimo tramo, de aproximadamente 400 km.

Capítulo 26

Poco después del amanecer Marco enfiló su canoa hacia el Norte, lo perseguían algunas aves confundidas, seguramente pensaban que era un pescador. Pronto se dieron cuenta de su error y regresaron a la costa.

Marco había levantado la vela. La brisa era suave pero empujaba.

Lo aguardaba un tramo de aproximadamente 400 km de navegación, hasta Atlantic City.

Todo hacía prever que, salvo tormentas, la travesía sería favorecida por la brisa que subía desde el sur. Su dirección NE, recorrería costas con innumerables poblaciones donde resguardarse en caso de mal clima. Su trayecto teórico preveía escalas en Chincoteague; Ocean City; Rehoboth Beach; Cape May y, finalmente Atlantic City, donde se detendría un par de días porque estaba programada allí una conferencia de prensa auspiciada por el Club Náutico y por la National Geographic, preparando el terreno para su arribo a la Estatua de la Libertad.

Muchos programas de la TV habían comenzado a presentar notas sobre el “intrépido portorriqueño que venía recorriendo miles de kilómetros marinos arriba de una canoa, desde las costas de Honduras para alcanzar la Estatua de la Libertad, y cumplir una promesa”, de ese modo, la gente costera comenzó a reconocerlo cuando se detenía en pequeños puertos a reabastecerse, y comenzaron a llamarlo “el intrépido”.

El intrépido ya se encuentra en Cape May decían los medios regionales, en pocos días estará en Atlantic City, donde brindará entrevistas.

Una impactante foto aérea en la que se veía su canoa navegando un mar con bastante oleaje ilustraba la nota en los periódicos.

En la era de las comunicaciones las notas periodísticas repicaban en Honduras, destacando detalles no conocidos de cuando inició la travesía desde el puerto de La Ceiba. Una foto que el propio Marco les cedió a los medios, mostraba el transporte terrestre de la canoa, arriba de un camión desde el puerto de San Lorenzo, en la costa del Pacífico, donde Marco la había adquirido a un navegante que había llegado en ella desde Nueva Zelanda, para llevarla al puerto de La Ceiba, en el Atlántico.

Los medios españoles, confundidos con la historia, fijaban su partida en Barcelona, y la historia iba cobrando dimensiones desproporcionadas. Los españoles comparaban ya el viaje de Marco Polo Velazquez, como lo llamaban, con el que varios siglos antes había realizado el mismísimo Cristóbal Colón, al cual, nunca se le habría ocurrido ir a la Estatua de la Libertad, ya que por ese entonces, no existía.

Pero esos detalles precisos de la realidad no importaban demasiado frente a la curiosidad pública que despertaba esa historia de amor, entre una andaluza llamada Carmen, fallecida en un trágico accidente, y Marco, su amante, un portorriqueño que había prometido llevarla a conocer la Estatua de la Libertad. Una fotografía inédita de Carmen, cuando era una jovencita, ilustraba las tapas de las revistas de vanidades españolas, que no son pocas.

En fin, ya la historia de la travesía de Marco, a pocos días de culminar el recorrido, había cobrado resonancia internacional.

Se hablaba incluso de cifras fantasiosas que los grupos de apoyo habían colectado para posibilitar y sostener el viaje de Marco y de cifras millonarias que el Club Náutico pagaría por su canoa, cuando finalizara el viaje, para exponerla en su museo.

Todas esas versiones exageradas tenían un origen cierto, promovido por los grupos de apoyo, mediante declaraciones, tendientes a lograr impacto y lograr espectacularidad cuando Marco arribara a la Estatua. Se sumaban también los intereses de la National Geographic, que al comienzo no habían tenido demasiado interés por la nota pero que ahora, debido a la resonancia adquirida, se había convertido en un importante objetivo para sus próximas publicaciones y programas televisivos, a tal punto que un helicóptero de ese

medio, aparecía de tanto en tanto para filmar el avance de la canoa por las costas norteamericanas.

Toda esta movida había desatado a su vez un fuerte movimiento publicitario de las costas y playas recorridas por Marco que les permitía publicar notas para promover el turismo y las inversiones en sus poblaciones.

Sin habérselo propuesto ni deseado, el viaje de Marco se estaba convirtiendo en un resonante suceso periodístico, y se hablaba que en su arribo a la Estatua, miles de personas concurrirían a recibirlo.

A Marco se le mezclaban sentimientos. Por un lado pensaba que su desafío por cumplir una promesa se iba convirtiendo en un suceso que superaba sus expectativas, y de algún modo alimentaba su orgullo. Por otro lado, le producía una extraña angustia unida a un sentimiento de culpa. No era eso lo que quería dedicarle a la memoria de su querida Carmen.

Pero esta es la realidad, le decían sus amigos de Miami y de Nueva York cuando les comentaba estas cuestiones. Incluso Josué desde Bahamas y Pierre, desde Port Royal le hacían llegar sus felicitaciones y agradecimientos por el renombre que habían adquirido sus lugares debido a ser mencionados en todos los relatos periodísticos. Pierre le dijo, entusiasmado que en las últimas semanas su Rincón había duplicado la cantidad de visitantes. Y Josué le manifestaba lo mismo al contarle que había sido visitado por una empresa de cruceros para incluir su futuro emprendimiento en un destino especial para turistas que deseaban conocer “algo diferente”. Noticias similares le enviaba Antonio desde el Club Náutico de Folly Beach, que se lo indicaba como un sitio preferido por Marco en su extenso viaje. Una reconocida empresa turística caribeña comenzaba a promover un viaje en crucero desde La Ceiba siguiendo el recorrido de Marco, pasando por los pueblos de pescadores de Cuba; una breve estadía en Bahamas; escala en Port Royal, en Palm Beach, en Virginia, con destino final en la Estatua de la Libertad, la promoción tenía el rutilante título “Hagamos el viaje de Marco Polo”.

Si algo faltaba, llegó. La repercusión de las notas y entrevistas que durante dos largos días hicieron todos los medios, mientras Marco se aprovisionaba en Atlantic City, para iniciar su última etapa, rumbo a Nueva York, más precisamente, a la Estatua de la Libertad.

Logró finalmente escapar del asedio periodístico, echar su canoa al agua, y partir, rumbo a su destino, a concretar su desafío, a cumplir su promesa.

Capítulo 27

Marco pensó: “Me falta recorrer solo trescientos kilómetros, parece mentira ¿Cuántos meses llevo navegando? ¿Cuántas sensaciones me acompañaron? ¿Cuántos amigos se sumaron para apoyarme en este loco desafío?”

Marco navegaba calmo y contento.

Con la brisa a favor, en tres días estaría en Nueva York, en la anhelada Estatua de la Libertad, que tanto deseaba conocer Carmen.

Mientras tanto sus amigos preparaban el gran recibimiento. Habían contratado servicios, un inmenso gazebo para realizar la gran reunión y el brindis; cientos de globos de colores; fuegos artificiales; las tres banderas, la de EE.UU.; la del Estado Puerto Rico y la de Barcelona; una carpa especial para los periodistas.

Habían comprometido su presencia los amigos de Miami. En secreto se anotaron Josué y Alex, de Bahamas y Pierre, de Port Royal, “no le digan nada, queremos darle una sorpresa”. Antonio, el cubano, no podría estar, pero envió un telegrama de felicitación. El otro Antonio, el del Club Náutico de Palm Beach sí estaría presente. Llevaría además una contribución que se agregaba y una oferta que seguramente encantaría a Marco. También llegó un saludo antártico de Olaff, acompañado de una foto en la cual el gigante vikingo se mostraba solo cubierto con una piel de foca, parado sobre un enorme bloque de hielo flotante.

En Nueva York, las amigas de Carmen, con Delia a la cabeza, organizaban todo, y seguían recibiendo apoyos. Los directivos de la National Geographic le comunicaron que habían recibido ya, por parte de Marco, algunas notas previas y que estaban encantados, que le pagarían muy bien por su nota completa.

Algunas empresas dedicadas a la producción y venta de productos náuticos querían contratar a Marco para su publicidad. Delia administraba muy bien todas esas posibilidades. El clima también contribuía, se anunciaba un excelente día para su llegada.

El Club Náutico central había dispuesto una escolta de ochenta canoas que lo esperarían a Marco en la puerta de la bahía y lo escoltarían hasta la Estatua de la Libertad. Normalmente no se puede arribar navegando con barcos privados a la Isla de la Libertad, donde se encuentra la Estatua, pero al Club Náutico lo autorizaron para que llegaran todas las canoas. Son excepciones que suelen hacer en competiciones deportivas. El público que concurre a visitar la Estatua, debe viajar solamente en los transportes públicos autorizados.

La escuela de jóvenes navegantes estaría presente, con sus estandartes, logrados en competencias de remo en ríos, lagos y mares.

Los responsables del Parque de la Estatua lo declararían Huésped de Honor, y le entregarían una plaqueta.

Muchos periodistas de diferentes canales de TV y de redes sociales anunciaron que estarían presentes.

En definitiva, habría un gran acto y festejo para recibir a Marco Polo, el navegante “Intrépido”.

Marco no sabía nada de todo esto, solo pensaba en llegar, encontrar a algunos amigos, brindar con ellos, contarle sus sentimientos, trepar a la Estatua, de ser posible hasta lo más alto, y cumplir su promesa.

Se imaginaba una ceremonia sencilla, no sabía medir las necesidades de la gente para que sucedieran cosas como éstas: que una promesa se cumpliera, aunque exigiera un gran esfuerzo.

Los que alguna vez hubieron navegado un par de horas en una canoa, remando en el oleaje del mar, sabían del esfuerzo que estaba realizando Marco. Y sencillamente lo respetaban y admiraban.

Además, para el gran público, las historias de amor son siempre fascinantes.

Marco, mientras tanto navegaba y disfrutaba, sentía en su alma el aroma del deber cumplido. Además, decididamente, le gustaba el mar. Era su sitio en el mundo.

Ya no le dolían sus brazos ni le molestaban las ampollas encallecidas de sus manos, producto de aquellas remadas fuertes que tuvo que hacer cuando la brisa no ayudaba. Tampoco recordaba el frío de las noches en la que tuvo que dormir adentro de su canoa detenida en una playa desconocida. Sus recuerdos le traían los amaneceres en los que zarpaba hacia la próxima parada.

Hasta ya le parecía corto el recorrido realizado.

Su único recuerdo triste estaba ligado a Carmen, ¡Cómo me gustaría que estuviese aquí, conmigo! Pensaba, pero recordaba que a ella no le gustaba navegar. Se estaría quejando todo el tiempo, pensó riendo, para tratar de escaparle a la tristeza.

Marco disfrutaba, llevado por una suave y sostenida brisa, sus recuerdos más sentidos, aquellos vinculados al origen de la idea desafío, y el de los amigos nuevos, encontrados a lo largo de su viaje.

Pensaba también con curiosidad que haría después de alcanzado el objetivo. Qué haría con su vida. Algunas ideas le cruzaban la cabeza, pero todavía no estaban definidas.

La canoa navegaba tranquila paralela a la costa, aproximadamente a quinientos metros de ella. La brisa lo llevaba en línea recta, casi no tenía que ocuparse del timón. Decidió buscar en la Tablet información general sobre la Estatua. Encontró un video de ocho minutos en el cual se contaba la historia de la construcción. Se había desarrollado en Francia como un obsequio del gobierno galo a los Estados Unidos por cumplirse un centenario de su independencia. Su construcción fue muy accidentada, algunas de sus partes demoraron. Fue construida toda de metal, utilizando cobre, acero y oro. Viajó trasladada toda desarmada en barcos, algunos de los cuales estuvieron a punto de naufragar cuando atravesaron una gran tormenta. La estatua en sí misma, es decir, la parte de metal mide 46 metros de alto, y está ubicada arriba de un gran pedestal de cemento cuya altura es de 47 metros, de modo que a partir del suelo alcanza una altura de 93 metros. Por dentro se puede subir hasta la cabeza donde sobre la frente, se encuentra el mirador. Se puede subir en grupos de no más de diez personas a la vez.

Allí existen enormes ventanas desde las cuales se observa todo Nueva York y lo que la rodea.

Hasta allí quiero subir, pensó Marco, sabiendo que deberá superar 354 escalones.

Pero valdrá la pena, se dijo, “subir al cielo después de navegar tanto”. Esa idea lo alegró.

El video le contó que en alguna medida el desafío de instalar la estatua se pareció a su desafío. Se la disputaban varias ciudades norteamericanas. Nueva York no tenía fondos para construir el pedestal, que era necesario. Por fin se realizó una gran colecta para hacerlo, y pudo instalarse e inaugurarse en 1886, como dijimos como un saludo de Francia en la celebración del primer centenario de la independencia. En realidad, la instalación se demoró, por todos los problemas, el centenario se había cumplido diez años antes, en 1876. De todos modos, el obsequio francés supo ser bien apreciado por la gente, que lo convirtió en una insignia del país.

“Una colecta similar a la que posibilitó mi viaje”, pensó Marco, divertido. Y apagó la tablet.

Este es el video que miró Marco

(<https://www.youtube.com/watch?v=PfXWyyJ-rE8>)

Capítulo 28

Era casi el mediodía cuando divisó la gran bahía que daba paso hacia Nueva York, y hacia la Estatua.

Avanzó decididamente entrando a la bahía, debía aproximarse a Midland Beach, donde lo esperarían las canoas escoltas del Club Náutico, para luego, con ellos, atravesar por debajo el enorme puente por el que cruza la autopista 278 que une Mid Island con el continente, accediendo al Sunset Park y luego a Brooklyn.

Tal como estaba previsto, las canoas del club lo aguardaban. Lo recibieron con un gran aplauso. Saludó a todos. El comandante del grupo, que era latino, le habló en español, le dijo que una vez superado el puente, en media hora estarían en la Isla de la Libertad, de modo que aguardarían en la playa donde estaban, comerían algo, y partirían calculando el tiempo. El inicio del acto estaba programado para las 15.30 pm. de modo que él proponía partir a las 15.00.

- Perfecto, dijo marco. Eso nos da tiempo para descansar un poco y para que yo me cambie de ropas, y me ponga un poco más prolijo.

- No te cambies mucho el aspecto, tienes una hermosa pinta de navegante, le dijeron risueños los chicos.

Algunos chicos le comentaron sobre los preparativos que habían organizado para recibirlo. Marco se sintió impresionado. “No esperaba esto”, pensó, hace mucho tiempo que no estoy rodeado por multitudes...

- Has llegado al país de la hamburguesa – dijo el comandante - ¿Cómo prefieres la tuya? Mira, aquí tienes la lista. ¿La acompañas con cervezas?

- No gracias, cerveza no, debo mantenerme bien fresco ahora que se lo que se viene... me gusta la hamburguesa con panceta, queso y huevo, dijo Marco.

En la playa había un cómodo quincho, allí se ubicaron. Todos se relajaron, faltaba hora y media para partir.

Exactamente a las 15.00 pm partieron. Un enjambre de canoas de colores rodeaba a Marcos, situado en el centro de la caravana. Todos remaron con energía. Cuando pasaron bajo el puente vieron que arriba había gente con banderitas, saludando.

Desde lejos vieron a la Estatua con la antorcha eléctrica encendida. Y se veían muchas banderas.

Cuando la gente que esperaba vio que se acercaban bajaron todos a la playa, a recibirlos.

Para Marco fue un momento muy sensible, no pudo evitar que algunas lágrimas le corrieran por la mejilla. Enfiló su canoa a la playa y la encalló en la arena. A pocos metros, estaba la multitud aplaudiendo y encendiendo cohetes y bengalas de colores.

Marco tomó su mochila, se paró, se hizo un gran silencio, entregó su remo al comandante y le dijo: esta canoa, desde ahora, es de Uds., del Club Náutico, muchas gracias.

Bajó en medio de un tremendo bullicio; alcanzó a ver a Delia que lo esperaba con un collar de flores, al estilo de la Polinesia. Se emocionó cuando vio que al lado de ella estaban todos los amigos de Miami, y ni hablar cuando divisó a Pierre, a Josué y a Alex, que lo abrazaban. Todos lloraban y aplaudían.

- Este es un gran momento de mi vida – dijo Marco – se arrodilló y besó la arena.

Todos subieron caminando, lentamente, hacia el Gazebo, donde lo esperaban representantes de las autoridades locales para darle la bienvenida y entregarle una plaqueta de honor.

El presidente del Club Náutico junto con Antonio, el encargado de la Sede Folly Beach, destacó, en un breve discurso, el esfuerzo y la decisión de Marco, de Marco Polo, recalcó, y ratificó todo el apoyo que ya habían anticipado. Antonio lo saludó, recordando aquel momento, cuando llegó a su Sede, y Marco le agradeció todo el apoyo y ayuda que le brindó.

Delia, en nombre de todos los amigos le dedicó un cariñoso discurso y lo felicitó, en nombre de todos y de Carmen, que seguramente desde hoy, descansará feliz y tranquila.

Marco tomó un par de minutos para conversar con Pierre, Josué y Alex y luego le dijo a Delia: ¿Subimos? Y enfilaron hacia la escalera que conducía al mirador.

Podían acompañarlo hasta el final solo nueve personas, de modo que se hizo una selección representativa, el resto se quedó en el gazebo donde, cuando regresaran, se realizaría el festejo y el brindis.

Delia tenía muy buen estado físico, logrado con la práctica de paddle, que realizaba dos veces por semana, subía los escalones sin muchos problemas. A Marco le costaba subir, sus músculos activos eran los de los brazos.

Sin embargo llegaron.

Marco abrió su mochila le entregó la Tablet a Delia para que tomara fotos y sacó una pequeña cajita de metal, que todavía estaba envuelta en plástico para evitar que se mojara durante el largo viaje.

- Y eso, ¿Qué es? Preguntó Delia.
- Son las cenizas de Carmen.
- ¿Las cenizas de Carmen! ¿Cómo las conseguiste? ¿Por qué no me lo dijiste nunca?
- Porque tenía que cumplir esta promesa, era mi obligación y mi derecho. Las conseguí haciendo un largo trámite en el cementerio de Barcelona. Tuve que demostrar que yo era su pareja. Conseguí un testigo: el administrador del edificio donde se ubicaba nuestro departamento. Finalmente me las dieron, porque no las reclamó ningún pariente directo. Y mira.
- ¿Y eso que es? Cabello de Carmen. Ella me regaló este penachito para que yo la recuerde, yo siempre lo llevo junto con mis documentos.

Marco recorrió las ventanas, de detuvo en una orientada hacia Nueva York. La brisa soplaba en esa dirección. Los que lo acompañaban estaban en silencio. Delia lloraba calladamente.

Marco abrió plenamente la ventana y arrojó al aire las cenizas de Carmen, que volaron, volaron, volaron, rumbo a Nueva York. El aire las arremolinaba, las subía, las bajaba, unas se adelantaban a otras, pero todas seguían el mismo rumbo.

Marco y Delia las miraron, hasta que desaparecieron.

- He cumplido mi promesa – dijo, con lágrimas en el rostro - Adiós Carmen, ya estás en el lugar que deseabas, fuimos felices en aquel tiempo.
- ¿Qué harás con el cabello? Preguntó Delia.
- Lo mantendré conmigo, es como mi amuleto. ¿Bajamos?

Un periodista, que integraba el grupo que había subido, filmó todo, pero no se animó a preguntarle nada. Se quedó en silencio.

Abajo, en el gazebo se celebraba, cuando Marco y Delia llegaron, se desató la música y los brindis. Muchos sospechaban que algo importante había impulsado la subida a la Estatua, pero nadie preguntó nada. Marco y Delia se sumaron al festejo. Se quitaron la tristeza de los rostros y se unieron a la gran algarabía.

Finalmente llegó la hora del brindis y del cierre del encuentro, se vencía el horario autorizado. Salieron todos al parque. En el patio estaban formados los canoístas, presididos por los responsables del Club Náutico. Había dos representantes de la National Geographic; los amigos de Miami; las autoridades de la Isla bajo cuya responsabilidad estaba la Estatua; varios periodistas que cubrían el suceso; y se sumaba mucha gente que había ido de visita a la Estatua y se preguntaba qué sucedía...cuando se enteraban se acercaban a sacarse fotos con Marco “el intrépido”.

Se acercaron Pierre y Josué y le dijeron:

- Marco, dicen por ahí que eres un hombre rico, que cobrarás mucho dinero por ceder la canoa y por las publicaciones ¿Qué piensas hacer?
- Creo que compraré un barquito muchachos y me iré a vivir a la zona donde viven y trabajan ustedes....siempre lo pensé, desde que los conocí.
- Justamente, con Josué pensábamos que fueras nuestro socio.

Se abrazaron los tres.

Antonio, el de Folly Beach, que escuchó la conversación, se acercó, y le dijo:

- Marco, un socio del club, un hombre mayor, quiere vender un hermoso barco. Es un velero grande que tiene además dos potentes motores. Tiene capacidad para llevar treinta personas a bordo; cuatro camarotes; una sala; cocina, y asador en la cubierta; plataforma en la popa para bajar equipos náuticos; en fin, está completo. Creo que lo entrega con dos motos de agua. Lo puedes conducir con solo dos navegantes, porque está muy automatizado. Tiene instrumental completo, botes salvavidas, todo.
- ¿Cuánto pide?

- Pide trescientos mil, pero no logra venderlo, creo que se lo puede sacar por menos. El barco está en Miami, pero si vienes por Charleston, yo te llevo, además te descuento la comisión que me ofreció, que es el diez por ciento...
- Perfecto Antonio, la próxima semana viajo para allá y vamos a verlo, tenía pensado justamente ir a Miami a visitar a los amigos que me ayudaron tanto. Pero lo de tu comisión, no quiero que la quites, después lo hablamos.

Se acercó Delia y le dijo: esta noche tenemos una gran cena en el Club Náutico. Te hemos reservado habitación en un buen hotel cercano al club. En la cena estarán todos los que tienen que informarte algo, además, por supuesto, estaremos todos tus amigos.

- Gracias, una buena cena, con amigos, es recomendable cuando se acaba de cerrar una importante etapa de la vida.

FIN

Epilogo

Esa noche, en la cena, Marco se enteró que recibiría mucho dinero.

Por la canoa el Club Náutico lo recompensaría con ciento cincuenta mil dólares.

Una cantidad similar le ofrecían por participar en algunas publicidades.

Una empresa de ropa masculina le compró la marca Marco Polo, que significaría un ingreso permanente en la medida que se vendieran productos con la marca.

La National Geographic le ofreció un anticipo de ciento veinte mil y luego una cantidad proporcional a los lectores que convocara su nota, que de ser bien aceptada, podría generar un pago adicional que duplicaría el anticipo.

El canal de televisión que siguió su aventura desde el comienzo, le ofreció un pago desmesurado por su participación en una serie de diez programas: cuarenta mil dólares por programa.

La asociación solidaria con su travesía integrada por sus amigos habían, a su vez, depositado en la cuenta de Marco, ciento ochenta y dos mil, que quedaron como saldo de todas las donaciones recibidas.

No lo puedo creer, parece que me quieren hacer rico – pensó Marco – nunca lo hubiera imaginado.

A la semana siguiente viajó a Charleston y junto con Antonio fueron a Miami y compraron el barco, en doscientos cincuenta mil. Al registrarlo a su nombre le preguntaron: ¿Cómo se llamará el barco? “Carmen”, respondió Marco.

Actualmente Marco vive en Bahamas, en el Pueblito de Josué. Tiene una hermosa cabaña que le construyeron Alex y sus amigos.

Junto con Josué y Pierre formaron una sociedad: “El Rincón de los Amigos”, con dos sedes, una de ellas es el Rincón de Josué, en Bahamas y la otra es El Rincón de Pierre, en Port Royal.

Marco se dedica a llevar turistas en su barco que visitan las dos sedes. Y realiza excursiones por las islas.

Al año siguiente recibieron la visita de Olaff, el vikingo, que traía de paseo a Antonio, el Cubano.

La historia de Marco “Polo” Velázquez fue publicada en cinco idiomas.

Es feliz, siempre supo que su destino sería navegar mares.

Solo lo acompaña una vieja pena, que no tiene remedio.
